



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO
FACULTAD DE HUMANIDADES**

LICENCIATURA EN FILOSOFÍA

T E S I S

El sujeto raciopoético en la obra de María Zambrano

Que para obtener el título de:
Licenciada en Filosofía

Presenta:
Silvia Adriana Amézquita Arriola

Asesor:
Dr. Alberto Saladino García

Toluca, Estado de México, 2022.

*Y es que parece ser condición
de la vida humana el tener que renacer,
el haber de morir y resucitar sin salir de este mundo.
Y una vocación es la esencia misma de la vida,
lo que la hace ser vida de alguien,
ser además de vida, una vida.
María Zambrano*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
1. CAPÍTULO I: DESCARTES Y EL SUJETO MODERNO	
1.1 La cuestión del método	12
1.2 El conocimiento.....	16
1.3 El sujeto cartesiano.....	19
2. CAPÍTULO II: MARÍA ZAMBRANO Y LA TRADICIÓN ESPAÑOLA	
2.1 Unión entre pensamiento y vida en la tradición española.....	25
2.2 El exilio español.....	34
2.3 La Razón poética.....	39
3. CAPÍTULO III: EL SUJETO RACIOPOÉTICO	
3.1 El sujeto como creación.....	53
3.2 De la relación entre sujeto y mundo.....	61
3.3 Del sujeto cartesiano al sujeto raciopoético.....	66
CONCLUSIONES	76
BIBLIOGRAFÍA	79

INTRODUCCIÓN

El nacimiento de la filosofía en la antigua Grecia surgió como exigencia del hombre a explicarse a sí mismo y al mundo que le rodeaba, ante esto se buscó fundamentar algún principio inamovible que sustentara su propia existencia y la de todo aquello que se encontrase en el mundo; durante varios siglos el principio creador fue cambiando, inicialmente se dijo *agua, aire, ápeiron, devenir, ser* y del cambio perenne del devenir se pasó al *ser* parmenideano. En Parménides encontraremos al iniciador del tema que nos atañe en la presente investigación. La postulación parmenideana del ser comenzó la discriminación entre aquello que correspondía a la esencia inmutable, dada, imperecedera y perfecta, que vendrían a ser características ontológicas del ser y el mundo material, perecedero, mutable, imperfecto, que se encontraba a merced del tiempo que caracterizaban al no ser. A través del famoso poema del ser se marca la escisión fatal que divide al hombre durante tantos siglos en lo más profundo de sus entrañas, pues éste, particularmente, es un conjunto de ser y no ser, por pensar en lo que más tarde se llamará alma o razón y el cuerpo material que le abriga.

Pasada la época conocida como Presocrática llegará Platón a reafirmar el postulado parmenideano, baste recordarse la división que establece entre el mundo de las ideas y el de las apariencias; por un lado encontramos un mundo ideal en donde se encuentran las formas, esto es, el conocimiento verdadero sobre lo que cada cosa es y que únicamente puede ser pensado, mientras que, por otro lado, encontramos el mundo de las apariencias que correspondería al mundo material en donde se encuentra representada la copia de las Ideas, pues el mundo material, como bien es sabido, es corruptible, sufre los cambios del tiempo. Partiendo de esta división se fundamenta, en aquella época, los parámetros epistemológicos aceptados a partir de los cuales es posible llegar al conocimiento de la verdad de las esencias y, con esto, se relega el conocimiento del mundo sensible a falsedad por corresponder a mera calca de lo que son las cosas, imagen engañosa que por ser mutable no podrá aspirar a ser verdad.

No habrá de olvidarse que, justo en este tenor, Platón hace una marcada diferenciación entre el alma y el cuerpo en el hombre, coloca el alma como el único vehículo capaz de acercarse al conocimiento verdadero por tener idéntica naturaleza al mundo de las ideas, se trata de una esencia el alma misma; mientras que el cuerpo, por pertenecer a la naturaleza corruptible del mundo material, servirá únicamente como cárcel de aquella, le mantendrá ligada al mundo de las apariencias, pero no será correcto fiarse de él. De la mano con esto surge el ya tan famoso exilio de los poetas en su obra *La República*, pues, bajo este talante, los coloca como engañosos por valerse del mundo sensible y de las metáforas para transmitir el conocimiento, de tal manera, que el conocimiento al cual pueden acceder es en realidad la falsedad del mundo cambiante de la sensibilidad; sobre ellos coloca a los filósofos quienes, necesariamente, tendrán que valerse de un “espíritu más elevado”, permítaseme utilizar esta expresión, para llegar al conocimiento verdadero de las esencias a través de una escala ascendente hacia el mundo de las Ideas, renunciando, con esto, al engaño del mundo material. El exilio del poeta, baste decir, será una de las fracturas más importantes en la historia del pensamiento que tardará miles de años en lograr resarcirse, incluso a la fecha no podríamos asegurar que se haya superado del todo.

Podrán preguntarse ¿por qué es importante mencionar el ser y no ser parmenideano, las formas platónicas y, a su vez, el exilio de los poetas de *La República* para la presente investigación? Cobrará relevancia puesto que intentaremos fundamentar la idea de sujeto en la obra de María Zambrano, así como sus relaciones con la Razón poética y el sujeto moderno. Dado que, si en la obra de María Zambrano existe una propuesta de sujeto o subjetividad, necesariamente atenderá a un tipo de subjetividad naciente, no concluida ni dada y que para crearse se servirá de la Razón poética como método.

. La propuesta de sujeto en María Zambrano es significativa en varios tenores, inicialmente cabrá destacar que surge en una época en donde no es tan frecuente hablar ya de un sujeto como tal, décadas atrás ya se ha comenzado a desdibujar la relación sujeto-objeto tan marcada en algunos siglos de tradición, sin

embargo, surge como una crítica al sujeto moderno que, precisamente, es heredero recalitrante de los ideales parmenideanos y, a su vez, platónicos adaptados, por supuesto, a los siglos XVI-XVII con René Descartes.

El sujeto cartesiano reavivará, particularmente, algunas de las características fundamentales del ser en Parménides y de la esencia en Platón, pues se verá como un ser dado, creado por un Dios perfecto –aquí encontramos ya una adaptación de la época, por ejemplo–, el cual es en cierta forma inmutable, pues al corresponder a un ser dado no es capaz de verse afectado estructuralmente por las relaciones que tiene con el mundo sensible o con los otros; su fin último es alcanzar el conocimiento verdadero a través del correcto uso de la razón. De esta manera, la investigación ha sido estructurada en tres capítulos base, cada uno de los cuales cuenta, a su vez, con tres subcapítulos, un modo tal vez algo hegeliano de dividir un escrito. Bajo este talante, intentaremos explicar los fundamentos del sujeto moderno para fundamentar la crítica zambranianiana a través del primer capítulo intitulado *Descartes y el sujeto moderno*, para ello abordaremos, precisamente, las características fundamentales de la propuesta cartesiana de sujeto, en donde será posible destacar las semejanzas evidentes con el ser inmutable e imperecedero de Parménides y la forma pura que aspira al conocimiento verdadero, develado, de las cosas en Platón. El sujeto cartesiano vendrá a ser imperfecto, de ahí se sigue la necesidad de ser creado por un ser perfecto, que aspirará a develar la certeza del mundo que se encuentra oculta valiéndose del uso, como ya hemos dicho, de la luz de la razón; para esto, fue preciso que el filósofo francés implementara un método riguroso de pasos a seguir que le permitiesen asegurar la verdad de sus postulados. La particularidad con Descartes vendrá a ser el ejercicio inicial en que, a través de lo que Husserl llamará posteriormente como *epoché* valiéndose de la vieja palabra griega, coloca en una especie de paréntesis el conocimiento dado por la tradición que le precede para fundamentar la certeza en el conocimiento a partir de las capacidades de su propia razón. En Descartes se verá un salto del sujeto ético aristotélico al sujeto epistemológico o sujeto de conocimiento.

Por otro lado, encontraremos la apuesta de María Zambrano por un modelo nuevo de sujeto; no es fortuito que el *corpus* zambraniano sea una invitación a pensar la diferencia, para poder comprender esto ha sido necesario sumergir al lector, inicialmente, en el contexto filosófico y vital que atraviesa la filósofa malagueña; es así que, para explicar el pensamiento de María Zambrano a través de la influencia de la tradición española y su condición de exiliada, en *María Zambrano y la tradición española* nos hemos abocado a contextualizar la influencia intelectual de la autora en cuestión, así como, la situación particular de la época en que se desarrolla, pues no habrá de olvidarse que la crisis española y mundial de principios del siglo XX desembocó en dos terribles guerras mundiales, una guerra civil española y un prolongado e hiriente exilio; obligando todo esto a repensar varios de los fundamentos sociales e intelectuales sobre los cuales se apoyaban los grandes cimientos del pensamiento y la vida. La idea de repensar el sujeto en Zambrano, entre otros muchos replanteamientos en su pensamiento, es fiel heredero de la época, pero sobre todo de la gran influencia que marca los principios de la filosofía zambraniana, pues, en estos inicios encontraremos pensadores como José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Antonio Machado, incluso, Edmund Husserl, Benito Pérez Galdós, Francisco García Lorca, entre otros. De tal manera, que la exigencia en el pensamiento de Zambrano será siempre encontrar el punto de encuentro entre dos mundos, el racional y filosófico del mundo del pensamiento y el mundo material de la experiencia vital. Con María Zambrano nos encontraremos en la aventura de resarcir de una buena vez la escisión parmenideana-platónica entre los dos mundos del hombre. Será justo en este sentido que nos adentraremos en la propuesta de razón poética zambraniana denotándola como base fundamental desde la cual será posible impulsar una idea de sujeto.

Pasando por este periplo desarrollaremos la concepción del sujeto raciopoético y su confrontación con el sujeto cartesiano. Estableceremos las características fundamentales de lo que llamaremos *El sujeto raciopoético* y que abordaremos en el último capítulo, titulado de esta forma, encontrando ahí los puntos de divergencia y convergencia con el sujeto cartesiano planteado en el

capítulo inicial de la presente investigación. Podremos denotar las características particulares a las cuales tendrá que responder una propuesta de sujeto en pleno siglo XX para no desentonar con las exigencias de la época y no renunciar, tampoco, a los grandes cambios que ha sufrido el pensamiento y las propuestas filosóficas para ese entonces. Se resaltarán al sujeto zambraniano como una crítica al sujeto moderno y a la idea de esencia inmutable e imperecedera, para dar paso a un sujeto poroso, por decirlo de algún modo, que pueda ser, al fin, responsable de sí mismo y de la realidad que le toca en suerte; esto es, que más allá de ser creado tenga la firme exigencia de crearse a sí mismo en un perenne renacer al descubrirse como un ser incompleto, no nacido del todo. En la propuesta zambraniana hablaremos ya de un sujeto potencia que padece su propia transcendencia por la obligación de hacerse a sí mismo a través de cada acto, pensamiento, relación y afección, hablaremos ya de un sujeto completo en el cual convergen experiencia vital y pensamiento racional como un todo en el cual no hay superioridad de una cosa sobre la otra ni puede renunciarse a alguna en aras de la otra. El sujeto de María Zambrano, pues, será un sujeto raciopoético en donde la vida palpitante y la razón caminan de la mano. Así, pues, pasamos ahora de un sujeto epistémico que intenta ascender en el grado de conocimiento hacia la perfección, a un sujeto que busca ser y no ser, *estar siendo* digamos, en la medida de las posibilidades de sí mismo y su entorno, cuyo único fin es renacer, ser potencia que deviene continuamente y que sólo con la muerte habrá de detener la creación de sí mismo.

Desde luego, la propuesta zambraniana no resulta fortuita ni surge como generación espontánea, baste recordar la propia vida de la filósofa andaluza. María Zambrano nace en Vélez-Málaga en la primavera de 1904, hija del pedagogo Blas Zambrano, por quien tuvo una infancia acompañada de letrados e intelectuales de la talla de Antonio Machado. Fiel representante de la República española, de ideales firmes; discípula de Ortega y Gasset en la aquella entonces llamada Universidad Central de Madrid, hoy Universidad Complutense de Madrid, de ahí la cercanía con la razón vital; ha llegado, incluso, a tener el mote de “la filósofa del 27”. Comprometida siempre con la realidad que le tocó vivir, camina hacia el exilio en

1939 atravesando la frontera francesa ante la caída de Cataluña por el ejército nacional español. Un 28 de enero de 1939 comienza el exilio que no podrá terminar sino hasta el año de 1984; durante esos 45 años germina la propuesta de razón poética, razón que nace en la orfandad, el abandono y los íferos del alma. Es así, que resulta entendible como la propuesta de razón poética de María Zambrano intenta resarcir la división en el hombre y proyecta la inclusión, no quiere dejar nada fuera, que nada le sea ajeno ni le excluya. Apuesta por la creación ante el descubrimiento del abandono y la incompletud, pues que esa misma creación fue el amparo de María a través del periplo que atravesó entre la España franquista, América y la Europa de la posguerra, hasta marcar su fin en Madrid. Zambrano busca su lugar en el mundo, se busca a sí misma a través de un extenso *corpus* que tiene impregnado en cada parte de él lo que se llamará *razón poética*, “razón de honda raíz de amor”.

Sin más preámbulo se presentan las siguientes líneas que esperan más que esclarecer crear incertidumbre acerca de la creación que cada cual hace de sí, como una ferviente invitación a seguir creándose y tomar la responsabilidad que ello conlleva, así como, a crear mundo y, sobre todo, hacerse responsable de la realidad que nos ha tocado en suerte. Sírvase la presente investigación para recordar la riqueza de la obra de María Zambrano y la importancia de retomar la responsabilidad del mundo que creamos y en el cual vivimos.

CAPÍTULO I: DESCARTES Y EL SUJETO MODERNO

*Y yo, al menos, ¿no soy algo?
Pero ya he negado que tenga yo sentidos ni cuerpo alguno;
vacilo, sin embargo; pues ¿qué se sigue de aquí?
¿Soy yo tan dependiente del cuerpo y de los sentidos que, sin ellos, no pueda ser?
Pero ya estoy persuadido de que no hay nada en el mundo:
ni cielos, ni tierra, ni espíritus, ni cuerpos;
¿estaré, pues, persuadido también de que yo no soy?
Ni mucho menos; si he llegado a persuadirme de algo
o solamente si he pensado alguna cosa, es sin duda porque yo existía.
[...] De suerte que, habiéndolo pensado bien
y habiendo examinado cuidadosamente todo,
hay que concluir por último y tener por constante que la proposición siguiente:
<<yo soy, yo existo>>, es necesariamente verdadera,
mientras la estoy pronunciando o concibiendo en mi espíritu.¹*

¹DESCARTES, René, *Meditaciones metafísicas en Discurso del Método y Meditaciones metafísicas*, Madrid, Tecnos, 2013, p. 155.

1.1 LA CUESTIÓN DEL MÉTODO

La idea de sujeto o subjetividad es realmente añeja, la pregunta por lo otro y por sí mismo nos resulta ya una cuestión inherente al ser humano. Tradicionalmente en la historia de la filosofía una de las nociones de sujeto más perdurable fue la aristotélica, en la cual se hablaba de un sujeto-sustancia que conservaba aún las propiedades parmenideanas de la sustancia imperecedera e inmutable; estaríamos hablando, pues, de sujetos con atributos dados, pertenecientes todos a una única y universal esencia de la cual cada uno es una calca y en donde la única diferencia estribaría en los accidentes de que son partícipes cada una de estas calcas, esto es, en los diversos escenarios del mundo de la vida en que se desenvuelven.

La revolución cartesiana de la sustancia aristotélica radica en equiparar al sujeto con el pensamiento, Descartes hablará ahora de una sustancia que piensa, pues la esencia del hombre, para él, es pensar. La empresa cartesiana, como toda propuesta filosófica, tiene como intención repensar los fundamentos a partir de los cuales se ha estructurado el hombre y su relación con lo otro y los otros; es así que, partiendo de la duda metódica de la cual hablaremos más adelante, intenta replantear los pilares a partir de los cuales se ha cimentado el pensamiento y, a su vez, los modos de vida hasta la Modernidad, a través de esta suerte de epojé, en la cual Descartes intenta poner de lado todo prejuicio y verdad aceptada hasta antes de él para sólo aceptar aquello que, a partir del ejercicio intelectual que es la duda, le resulte con total claridad y distinción que no se pueda dudar más de ello; resuelve así que lo único completamente certero en el sujeto es pensar, lo más propio y el mayor fundamento de la existencia del hombre es su capacidad de pensamiento, pero, sobre todo, su capacidad de pensarse a sí mismo, de notarse a sí mismo como un ser pensante en el momento mismo que se piensa.

[...] considerando que todos los pensamientos que nos vienen estando despiertos pueden también ocurrírsenos durante el sueño, sin que ninguno entonces sea verdadero, resolví fingir que todas las cosas, que hasta entonces habían entrado en mi espíritu, no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero advertí luego que, queriendo yo pensar, de esa suerte, que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; y observando que esta verdad: <<yo pienso,

luego soy>>, era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmoverla, juzgué que podía recibirla sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que andaba buscando.²

Para llegar a esta aseveración Descartes propone un método intelectual que le permita obtener la mayor certeza posible sobre sus juicios, de tal forma que, lógicamente, no sea posible dudar más de la verdad de sus postulados. El método cartesiano no aspira a erigirse como modelo universal, sino que, más bien, es un ejemplo del ejercicio introspectivo que cada cual debería realizar a partir del uso de la razón y del sentido común que, según el filósofo francés, es lo mejor repartido en el mundo, como menciona en el *Discurso del método* de la siguiente manera: “Mi propósito, pues, no es el de enseñar aquí el método que cada cual ha de seguir para dirigir bien su razón, sino sólo exponer el modo como yo he procurado conducir la mía”³.

Uno de los grandes problemas de la filosofía anterior a Descartes ha sido, según éste, el aceptar como verdaderos axiomas sin haber realizado antes un ejercicio racional que nos asegure su certeza; la invitación cartesiana al uso de la propia razón está orientada a una sociedad que apenas vislumbra el despertar a la conciencia, que no ha terminado de poner los dogmas religiosos entre paréntesis para atreverse por sí misma a cuestionar su mundo y, sobre todo, a cuestionarse a sí misma. El Renacimiento estaba apenas a la vuelta de la esquina, la apertura del mundo hacia el infinito y la redondez de la tierra no eran temas añejos del todo. En la propuesta cartesiana se regresa a los ínfimos del hombre, es un intento de volcar la conciencia sobre uno mismo para a partir de ahí entender el mundo pero, sobre todo, entenderse en el mundo; es así, que Descartes inicia poniendo entre paréntesis absolutamente todo lo anterior a él, coloca todo el conocimiento previo a un lado para intentar extraer de él, de poco en poco, pequeños estratos y someterlos a un examen riguroso a través de la duda metódica y, así, ir reestructurando el conocimiento a partir de lo más certero, de las ideas más claras y distintas.

² DESCARTES, René, *Discurso del Método en Discurso del Método y Meditaciones metafísicas*, p. 95.

³ *Ibíd.* p. 70.

Para realizar esta re-fundamentación Descartes precisa de un método estructurado que le permite segregar ordenadamente lo verdadero de lo endeble; el motor de dicho método, como hemos dicho, es la duda y partiendo de ella procura llegar a bases sólidas que permitan la edificación del conocimiento verdadero. A lo largo del *Discurso del método* plantea los cuatro pasos que considera necesarios para esta empresa, los cuales, *grosso modo*, serían: aceptar como verdadero sólo aquello de lo cual no pueda dudarse más, que como veremos más adelante de lo único que no puede dudarse es de que se duda; realizar una separación del todo en sus partes para así disminuir la dificultad de su conocimiento; avanzar de lo más simple a lo más complejo intentando así, gradualmente, ir ascendiendo en la escala del conocimiento, no hay que olvidar que para Descartes el conocimiento es progresivo y ascendente como lo veremos más adelante; por último, realizar revisiones minuciosas sobre los pasos anteriores para no dejar escapar el menor detalle. El filósofo francés propone un modelo sumamente lógico, no es de extrañarse que la propuesta sea un método de pasos a seguir, pues habrá de recordarse que durante la Modernidad el esquema de método científico se encuentra aún en su máximo esplendor.

A través de dicho método el filósofo francés busca que cada cual sea capaz, por sí mismo, de afianzar el conocimiento verdadero del mundo que, necesariamente, tendría que ser racional, “Mis designios no han sido nunca otros que tratar de reformar mis propios pensamientos y edificar sobre un terreno que me pertenece a mí solo”⁴. El hombre, que ha sido dotado de razón y sentido común, tendría que ser capaz de dirigirse apropiadamente en aras epistemológicas hacia la mayor perfección que le sea posible alcanzar como ser finito e imperfecto; aquí entrarán en juego también los postulados para demostrar la existencia de Dios que será el ser perfecto por excelencia, un tanto al modo de la prueba de la existencia de Dios de San Anselmo partiendo de los grados de perfección. La filosofía cartesiana está orientada hacia el conocimiento, es un camino gradual ascendente

⁴ *Ibíd.*, p. 79.

hacia el máximo conocimiento certero posible que el hombre pueda obtener en la brevedad de su vida y con las limitaciones de su imperfección como ser creado.

Una de las cuestiones a destacar del método cartesiano es el partir desde uno mismo, desde los adentros de la razón, para comenzar a edificar las bases del conocimiento. Este vuelco en la conciencia es lo que le lleva a repensar al sujeto mismo, pues al poner en práctica su método regresa a la pregunta por el ser, en el ejercicio de la duda le es inevitable dudar de sí mismo y ve necesario cuestionar qué es el mismo, ¿quién es ese que duda? Al plantear la pregunta se ve orillado a establecer la distinción entre el alma y el cuerpo, resultando el segundo en una especie de contenedor de la primera. La separación alma-cuerpo no será un tema novedoso, ya desde los griegos, con Platón particularmente, se había denotado que existía una diferencia entre el uno y el otro, basta recordar que para el filósofo griego el cuerpo era la cárcel del alma; ambos autores, tanto Platón como Descartes, prestan suma importancia a la cuestión del conocimiento, en la postura filosófica de ambos es el cuerpo una especie de obstáculo para llegar al conocimiento verdadero; en Platón el mundo sensible como tal será tan sólo la copia de las ideas puras, falas en sí mismo, de tal manera que, al ser conocido éste a través de los sentidos del cuerpo no puede brindarnos un conocimiento verdadero de lo que las cosas son en sí mismas. Si bien para Descartes el mundo sensible como tal no es estrictamente falso, sin embargo, valerse de los sentidos para conocerlo no sería apropiado, pues éstos no son capaces de llegar a captarlo en su ser como tal, ya que son propicios a captar ilusiones de la realidad, como el tamaño de los objetos dependiente de la distancia a la que se encuentran, y como tal llegan, según el filósofo francés, a brindar un conocimiento superfluo y engañoso de la realidad.

Habría que recordar que en la filosofía cartesiana el mundo natural responde a mecanismos estructurados que se revelan a través del método matemático, el mundo y sus organismos, incluyendo el cuerpo humano, funcionan como máquinas; esta idea mecanicista lleva a Descartes a creer que a través del conocimiento de

las leyes que rigen en el mundo natural es posible ser como dueños de la naturaleza, en sus palabras:

[...] esas nociones me han enseñado que es posible llegar a conocimientos muy útiles para la vida, y que, en lugar de la filosofía especulativa, enseñada en las escuelas, es posible encontrar una práctica, por medio de la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos, que nos rodean, tan distintamente como conocemos los oficios varios de nuestros artesanos, podríamos aprovecharlas del mismo modo, en todos los usos a que sean propias, y de esa suerte hacernos como dueños y poseedores de la naturaleza.⁵

Descartes no se encuentra en realidad tan alejado de las aspiraciones científicas de su época; el conocimiento del mundo natural no ha sido una ingenua vista al afuera que es uno mismo, sino que, principalmente, se ha enfocado en fines utilitarios; de esta forma, no era nueva la idea de que la naturaleza estaba en función del hombre.

El método cartesiano rompe con la tradición filosófica al iniciar proponiendo al hombre como ser capaz de llegar a los fundamentos primeros del conocimiento verdadero a través de sus propias capacidades racionales; Descartes, al igual que Giordano Bruno, coloca al hombre como el centro del cual se parte para el conocimiento del afuera, aunque para el filósofo francés, como notaremos a lo largo del capítulo, lo principal será el conocimiento del sujeto mismo, del sujeto cognoscente.

1.2 EL CONOCIMIENTO

La fundamentación del método cartesiano tiene como fin el conocimiento; como hemos dicho, el filósofo francés coloca como punto angular de su pensamiento a la capacidad cognoscitiva del hombre e, incluso, más allá de una simple capacidad intelectual la vislumbra como exigencia misma de la existencia. El método será el medio y el conocimiento el fin de la existencia; es así, que aquél sujeto aristotélico que se pensaba como sustancia ética, ante todo, será en Descartes sujeto cognoscente como se verá en el apartado siguiente.

⁵ *Ibíd.*, pp. 118-119.

La duda rigurosa del método lleva al filósofo cartesiano a notar la imperfección propia de su ser, pues al dudar de todo lo posible para sustentar las bases del conocimiento más certero, le resulta inevitable volcar la mirada sobre sí mismo y cuestionar, así, qué es eso que duda y, de esta manera, terminará realizando un examen minucioso del sujeto mismo. Dicho examen le llevará a reconocer las limitaciones y, por tanto, las imperfecciones del hombre para llegar a alcanzar el conocimiento verdadero como tal; de tal forma que deducirá la necesidad de que este ser llamado hombre sea una criatura creada por un ser más perfecto, mismo que habrá de ser el creador también de todo lo existente en el mundo de la vida y poseedor del conocimiento más supremo y verdadero de las cosas; “Después de lo cual, hube de reflexionar que, puesto que yo dudaba, no era mi ser enteramente perfecto, pues veía claramente que hay más perfección en conocer que en dudar; y se me ocurrió entonces indagar por dónde había yo aprendido a pensar en algo más perfecto que yo; y conocí evidentemente que debía de ser por alguna naturaleza que fuese efectivamente más perfecta”⁶. Bajo este talante, el sujeto no será capaz de alcanzar la totalidad del conocimiento, sin embargo, el proyecto de su vida consistirá en ir ascendiendo en la escala del conocimiento del mundo a partir del uso de la razón, utilizando un método capaz de limpiar su visión para apartarle de los prejuicios y permitirle desentrañar lo más verdadero de las cosas, el modelo de método que cada uno habría de estipularse para lograrlo sería, evidentemente, el cartesiano.

En las *Meditaciones metafísicas* Descartes se ve orillado a intentar demostrar la existencia de Dios al hablar del ser perfecto y supremo que es el que posibilita, de hecho, el conocimiento; de tal manera, que al volcar la mirada sobre sí mismo y notarse como un ser imperfecto, intenta deducir lógicamente la necesidad de la existencia de algo más perfecto de lo cual el hombre sería producto; un ser perfecto, infinito, eterno y creador, poseedor de la verdad por ser él mismo quien ha creado el mundo, ese es el Dios cartesiano. El sujeto, al ser creado, es incapaz de alcanzar

⁶ *Ibíd.*, p. 96.

la máxima perfección, funge, en realidad, como una especie de contenedor que tiene precargadas en la conciencia ciertas nociones universales como la de perfección o infinito, por ejemplo, y, como hemos dicho, su principal razón de ser en el mundo es valerse de la capacidad racional que Dios ha puesto en él para, a partir de su correcta dirección, ascender gradualmente a la mayor perfección –o bien, a la menor imperfección– que le sea posible en la medida de sus limitaciones, esto es, llegar al mayor y más certero conocimiento que le sea posible a lo largo de su vida a través de lo más propio que Dios ha puesto en él, entiéndase el pensamiento. Es así como, sólo aceptando la existencia de Dios es capaz el sujeto de emprender la búsqueda correcta de la verdad, pues Dios ha puesto en el sujeto la capacidad misma de discernir para llegar hasta la verdad indudable, de igual forma ha colocado ya en la conciencia aquellas ideas innatas que fungen como puntos angulares para desentrañar la verdad que cada cosa posee en el mundo:

[...] esa misma regla que antes he tomado, a saber: que las cosas que concebimos muy clara y distintamente son todas verdaderas; esa misma regla recibe su certeza sólo de que Dios es o existe, y de que es un ser perfecto, y de que todo lo que está en nosotros proviene de él; de donde se sigue que, siendo nuestras ideas o nociones, cuando son claras y distintas, cosas reales y procedentes de Dios, no pueden por menos de ser también, en ese respecto, verdaderas.⁷

Dios es, de esta forma, la posibilidad del conocimiento; será, así, el punto de partida para emprender el viaje de la fundamentación expuesta por el método cartesiano para llegar al máximo grado posible de conocimiento a que el hombre finito puede aspirar. Para llegar a este nuevo punto de partida y emprender el camino hacia la búsqueda del conocimiento, Descartes ha realizado una especie de periplo en el cual partiendo de un ejercicio de pensamiento que es la duda intenta limpiar el sendero antes recorrido por la tradición filosófica hacia la verdad, en este proyecto descubre la necesidad de un punto fijo que posibilite y fundamente en lo más esencial la verdad a buscar, coloca en esa posición de creador a Dios; a la vez, denota que el sujeto mismo que duda requiere de un fundamento, y que, si bien

⁷ *Ibíd.*, p. 100.

Dios sigue siendo el fundamento primero de todo lo existente incluyendo al sujeto, no por esto, le es revelado al sujeto lo que él mismo es, su verdad esencial. De tal suerte, que, irónicamente el hombre emprende la búsqueda de la verdad del mundo sin saber antes la verdad de sí mismo, procura desentrañar la realidad sin volcar antes la mirada hacia sus propias entrañas. Por ello lo hemos llamado periplo, pues parte de sí mismo sin la conciencia de su propio ser para, al establecer las reglas del método que lo conducirán correctamente hacia el conocimiento más claro y distinto, regresar a la pregunta por sí mismo; es así, que develando el propio ser el hombre podría comenzar a emprender el camino del método cartesiano hacia el conocimiento del afuera. Es así, que la filosofía cartesiana que empezará con la intención de llegar a las ideas más claras y distintas sobre la realidad se torna en una filosofía del sujeto, del hombre racional que sustenta su ser en lo único de lo que no puede dudar más, en su capacidad misma de dudar, su ser, pues, es pensar y sólo partiendo de esto le surge la posibilidad de conocer.

1.3 EL SUJETO CARTESIANO

Al volcar la mirada sobre sí mismo Descartes nota la incertidumbre sobre el ser del sujeto, precisa esclarecer primero qué es eso que duda para, a partir de ahí, comenzar a estructurar los fundamentos de la filosofía que busca. Utilizando el ya establecido método cartesiano duda de sí mismo hasta llegar a lo que considera lo más claro y evidente sobre su ser que sería el pensamiento, la acción misma del dudar en el momento exacto que se está dudando; el filósofo francés desnuda al sujeto de todos los ropajes accesorios que parecen no ser esenciales para él, tal el cuerpo y los sentidos que podrían engañarlo, así como las creencias del mundo que más allá de ser innatas han sido heredadas por la tradición. Como hemos dicho, al hombre no le ha sido revelado su propio ser, sin embargo, ha sido dotado de la mayor capacidad para develarlo por sí mismo, la razón; la correcta dirección de su capacidad racional le permite llegar a descubrirse como un ser pensante, pues si bien es cierto que puede dudarse casi de todo, resulta sostenible no poder dudar de que se duda, esto es, lógicamente, habría que aceptar el postulado del filósofo francés que coloca como indudable la acción misma del pensamiento que es el

dudar en el momento que se está efectuando. Es así como, lo que coloca inicialmente como atributo evidente del ser es el pensamiento; Descartes equipara al ser con el pensar. Recordemos que ya para Aristóteles el hombre era un animal racional, con Descartes prescindimos del atributo *animal* para centrar toda la atención en la característica racional que, incluso, llega a separar al hombre del animal a discrepancia con el filósofo estagirita, “en lo que toca a la razón o al sentido, siendo, como es, la única cosa que nos hace hombres y nos distingue de los animales, quiero creer que está entera en cada uno de nosotros y seguir en esto la común opinión de los filósofos, que dicen que el más o el menos es sólo de los accidentes, mas no de las formas o naturalezas de los individuos de una misma especie”⁸; el *cogito ergo sum*⁹ se convierte así, después de Dios, en el fundamento principal de toda la filosofía cartesiana.

Acorde a la tradición filosófica Descartes plantea un sujeto creado, en este caso por Dios; hablamos de un sujeto cerrado, por decirlo de algún modo, que sería una especie de contenedor para el conocimiento sin que éste llegue a modificarlo en las entrañas más hondas de su ser. El sujeto cartesiano sigue respondiendo a las exigencias parmenideanas del ser, hablamos, pues, de una sustancia inmutable, de una sustancia pura que al ser creada y conservada por el ser perfecto no podría ser afectada por los accidentes del mundo; habrá de recordarse que está ya planteada la diferenciación entre alma y cuerpo en el pensamiento de Descartes, por un lado encontramos el alma que estaría ligada al ser, a la función del pensar como tal y que, muy al estilo cristiano, sería el aliento que da vida al cuerpo y, por tanto, podría llegar a prescindir de él; mientras que, por otro lado está el cuerpo, contenedor del alma que cual máquina es el conducto para que el hombre se relacione y aprehenda las demás sustancias del mundo sensible.

[...] todas las sustancias, es decir, todas las cosas que no pueden existir sin ser creadas por Dios, son por naturaleza incorruptibles, y no pueden nunca cesar de ser, como no las reduzca a la nada Dios, negándoles su concurso, y también para advertir

⁸ *Ibid.*, p. 69.

⁹ “Pienso luego soy” o en la traducción más utilizada “pienso luego existo”, hay en Descartes cierta equivalencia entre el ser y el existir, que podría ser más por omisión del filósofo de esclarecer una diferenciación entre ambas que por aceptación explícita.

que el cuerpo, tomado en general, es una sustancia, por lo cual tampoco perece; pero que el cuerpo humano, puesto que es diferente de los otros cuerpos, está compuesto de cierta configuración de miembros y otros accidentes semejantes, mientras que el alma humana no está compuesta de accidentes y es una sustancia pura.¹⁰

Esta sustancia pura es el alma o la subjetividad cartesiana que, como hemos dicho, en Descartes al hablar de sujeto aún se tiene en mente una sustancia creada, que posee atributos dados; el hermetismo del sujeto cartesiano es todavía herencia del añejo ser parmenideano-platónico, es así que, no puede llegar a ser afectado en su esencia por los accidentes del mundo material, será una de las grandes diferencias que notaremos con la propuesta de subjetividad en María Zambrano, quien nos habla de un sujeto poroso que se va creando a partir de los encuentros con el mundo y con los otros sujetos, desarrollaremos esto más adelante. De esta manera, para Descartes el sujeto no es responsable de su propia existencia, por decirlo de algún modo, sino que, más bien, es responsable tan sólo de dirigir esa existencia otorgada por Dios hacia el conocimiento de la verdad que se encuentra velado en los entes del mundo y que ha sido puesto ahí, a su vez, por el Dios creador.

Una de las mejores ejemplificaciones que utiliza Descartes para denotar el atributo imperecedero del sujeto como sustancia pura es el de la cera en las *Meditaciones metafísicas*, recordemos que menciona los accidentes que podría tener la cera al ser sometida al fuego sin, por esto, dejar de ser la misma cera:

¿Sigue siendo la misma cera después de tales cambios? Hay que confesar que sigue siendo la misma; nadie lo duda, nadie juzga de distinto modo. ¿Qué es, pues, lo que en este trozo de cera se conocía con tanta distinción? Ciertamente no puede ser nada de lo que he notado por medio de los sentidos, puesto que todas las cosas percibidas por el gusto, el olfato, la vista, el tacto y el oído han cambiado y, sin embargo, la misma cera permanece.¹¹

De esta forma, el filósofo francés denota una de las principales diferencias en la separación alma-cuerpo, por un lado, se encuentran las sustancias materiales, los cuerpos del mundo sensorial, incluso el cuerpo humano, que son susceptibles a

¹⁰ DESCARTES, *Meditaciones metafísicas*, op. cit., pp. 144-145.

¹¹ *Ibíd.*, pp. 160-161.

sufrir cambios y son afectados por las relaciones; por otro lado, se encuentra la sustancia pura que es el alma, que no es susceptible a sufrir afectación por los cambios exteriores del cuerpo que le contiene. De suerte que el sujeto es imperecedero, posee una esencia otorgada por el creador que no puede ser modificada en lo más profundo de su ser por sus relaciones con el mundo.

Como se mencionó al inicio del capítulo la diferenciación principal entre el sujeto aristotélico y el cartesiano es el giro propuesto por Descartes de lo ético a lo epistemológico; la subjetividad aristotélica estaba orientada hacia fines éticos, la idea del bien jugaba el papel principal, de tal manera que, el sujeto tenía como fin dirigirse a la virtud, su camino estaba orientado hacia el Bien supremo que con su imperfección pudiera alcanzar a través de las correctas acciones éticas para el buen vivir. El filósofo francés suplanta la idea del bien para colocar en su lugar el conocimiento; el fin del sujeto es llegar por sí mismo al mayor y más certero conocimiento del que sea capaz a lo largo de su imperfección por el correcto uso de su razón; de tal suerte que, ahí en donde antes se decía sujeto ético ahora se dirá sujeto cognoscente.

Si bien la propuesta cartesiana da un vuelco en el paradigma de la época, es también cierto que no es fortuito, sino que, más bien, corresponde a una exigencia de la época en que tocó vivir al filósofo francés, como se explicará más adelante. Sin embargo, dicha exigencia excluye de algún modo la vida palpitante en que el sujeto cognoscente se desenvuelve o, bien, le coloca en segundo término reafirmando la postura del ser dominante y principal en la historia del pensamiento, que a través de la razón otorgada por el creador perfecto (Dios) es capaz de ascender en la escala de conocimiento intentando llegar a las mayores certezas, aquellas de las cuales ya no pueda dudarse más. Pasada la edad Moderna, el paradigma se modifica inevitablemente de acuerdo con los tiempos que se viven en cada estrato de la vida, las críticas a la Modernidad abundan y surgen desde distintos derroteros, no es de extrañarse que la propuesta de sujeto moderno o cartesiano no sea la excepción e, incluso, tal vez sea de los postulados más repensados al tratarse de algo entrañable a la percepción del hombre mismo. Bajo

este tenor, el pensamiento español no será una excepción a la regla y realizará postulados para repensar al ser en el mundo; es así como, María Zambrano apoyada en la tradición española y en la necesidad de dicha tradición por insertarse en la historia del pensamiento filosófico, por decirlo de algún modo, replantea la idea de subjetividad moderna, convirtiendo al sujeto cognoscente en sujeto raciopoético. Mas la propuesta zambraniana tampoco será fortuita, como hemos dicho líneas arriba es fruto de la tradición española y la época en que vive la filósofa, misma que abordaremos a continuación.

CAPÍTULO II: MARÍA ZAMBRANO Y LA TRADICIÓN ESPAÑOLA

*De la razón poética es muy difícil,
casi imposible, hablar.
Es como si hiciera morir y renacer a un tiempo;
ser y no ser, silencio y palabra,
sin caer en el martirio ni en el delirio
que se apodara del insomnio del que no puede dormirse,
solamente porque anda a solas.¹²
María Zambrano*

¹² ZAMBRANO, María, *Notas de un método*, Madrid, Tecnos, 2011, p. 168.

2.1 UNIÓN ENTRE PENSAMIENTO Y VIDA EN LA TRADICIÓN ESPAÑOLA

Como hemos visto, una de las principales aristas bajo las cuales se fija el pensamiento moderno es la racionalidad, el pensamiento racional estrictamente hablando, dejando de lado, así, la vida sensible, o bien, colocándola en segundo término. El pensamiento español, por el contrario, se ha regido después de la escolástica por la correspondencia entre la racionalidad y la experiencia sensible. Sería importante recordar que uno de los principales rasgos de la gran literatura española de todos los siglos ha sido, precisamente, el enfoque vitalista, la acentuación en los pequeños pero significativos detalles de la vida cotidiana; es así, que el quehacer filosófico español no podía ser diferente. La filosofía española abraza el pensamiento racional tradición de la Europa de los grandes sistemas abstractos y, a su vez, el pensamiento vital, la experiencia cotidiana del mundo en la cual se encuentra sumergido el sujeto pensante. Hablamos aquí de una postura integradora, a los ojos de Zambrano, que presta atención a los lazos existentes entre la entidad del sujeto y la vida que se da fuera de él, la acentuación aquí tendrían las relaciones existentes entre ambos y no precisamente uno u otro extremo. El filósofo español, pues, no es ni racionalista ni empirista como tal, sino que más bien procura cierto equilibrio entre ambas posturas; si bien, su apuesta principal es por la vida, sin embargo, ésta implica tanto el pensamiento racional del sujeto, como la experiencia del mundo sensible.

En el pensamiento de María Zambrano es pieza fundamental esta preocupación del español por la vida, por el mundo de la experiencia en el cual se lleva a cabo la vida día con día; de tal manera que, no se habla pues, de esencias que rigen la vida desde atrás, no se busca eso; sino que, más bien, la filósofa malagueña estaría centrándose en las particularidades que acontecen día con día en cada una de las relaciones que tiene el hombre con su entorno y con los otros, he ahí el mayor acontecimiento de la vida, el acto más trascendente reside, así, en cada una de las acciones del sujeto en su vivir diario, pues a partir de cada una de ellas se forma y se transforma. No es fortuito, de esta manera, que los principales exponentes para Zambrano de esta visión tan española de la filosofía como forma

de vida, sean personajes del tipo de Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y, a su vez, Antonio Machado. Dichos autores, serán para la filósofa andaluza las piezas angulares en el pensamiento español contemporáneo, los grandes exponentes del filosofar español desde su fondo más íntimo, más auténtico. Cabe destacar que las figuras mencionadas forman parte de los más destacados filósofos, poetas y escritores españoles de la última época. Reconocidos, como veremos más adelante, respetados y referentes universales de la literatura, la poesía y la filosofía españolas.

Antes de abordar a los cuatro autores en cuestión que valdrán como pilares fundamentales de la relación entre pensamiento y vida en la filosofía de María Zambrano, será preciso realizar una pequeña acotación a las categorías de la vida española que la filósofa malagueña resalta como principales; ya que, partiendo de ellas, es que puede hablarse de la importancia de los cuatro autores mencionados en la obra zambraniana.

La imagen del pueblo español en el pensamiento de María Zambrano cobra sentido al contrastarlo con el resto de Europa; la Europa filosófica, racionalista, que ha opacado la vigencia del pensamiento sensible español. Ante los sistemas filosóficos europeos, herederos del método cartesiano, minuciosos buscadores de la verdad inteligible, el pensamiento español se erige como defensor principal de la sensibilidad del mundo, si bien no desprecia el pensamiento racional, no por esto cree necesario huir de las verdades que se le muestran a partir de los sentidos, sino que, más bien, las exalta, se prende de ellas y las vuelve parte de sí. No es fortuito, así, que Zambrano nos hable de realismo y materialismo como dos categorías angulares de la vida española.

Para adentrarnos mejor en lo que se entiende por *realismo español*, será preciso acotar que en *Filosofía y poesía* la pensadora andaluza plantea el dualismo asombro-violencia, en el cual nos habla de los dos momentos iniciales que marcan una escisión fundamental entre el filósofo y el poeta; dado que en el encuentro hombre-mundo lo primero es el asombro, la genuina experiencia de lo nuevo e indescriptible, que el poeta vive profundamente aceptando cada partícula de la

realidad en una suerte de experiencia cuasi mística por *ser-con* ella, en ella, más allá de intentar entender racionalmente el porqué de cada cosa, incluso sin poder pensar en “cada cosa” en términos fragmentarios, ya que para él aún en este punto todo es unidad, conjunto, ve el panorama completo, no sus partes. Sin embargo, el filósofo necesita ir más allá de aquello que se le presenta ante los sentidos, le recorre un deseo de racionalización para comprender qué es aquello y el por qué; es así que nace la pregunta y le asalta, le es preciso conocer y ello le lleva a hacerlo de la mejor forma que sabe, que es a través de la razón, conceptualizando, fragmentando, escindiendo y yendo de lo más simple a lo más complejo, diría Descartes. Es ahí cuando se presenta la violencia, pues aquello que se mostrara inicialmente como un todo es fragmentando, es violentado en su unidad con fines epistemológicos. María Zambrano expone el ejemplo que retrata esta escisión y deseo de ir más allá con el Mito de la Caverna de Platón.

La fuerza que origina la filosofía allí [en el mito de la caverna de Platón] es la violencia. [...] admiración y violencia juntas como fuerzas contrarias que no se destruyen, nos explican ese primer momento filosófico en el que encontramos ya una dualidad y, tal vez, el conflicto originario de la filosofía: el ser primeramente pasmo extático ante las cosas y el violentarse en seguida para liberarse de ella. [...] La filosofía es un éxtasis fracasado por un desgarramiento.¹³

Bajo este talante, el español es, para la malagueña, aquel poeta que no es capaz de renunciar a la contemplación del mundo naciente, que no busca apresarlos en conceptos inmutables y omniabarcantes, sino que, más bien, se deleita a través de esa sensibilidad tan inocente que le pone en contacto con el universo – o así lo siente él – como una conexión mística con el mundo natural a través de su contemplación más pura, vacía de prejuicios y alejada de las aspiraciones filosóficas de la búsqueda de la verdad oculta, abstracta y lejana.

Pensamiento desarraigado de la violencia y, por tanto, del querer, pensamiento no complicado con ningún querer ajeno, en la medida en que esto sea posible; pensamiento no absoluto, no unitario; libre, disperso. Su forma no es el sistema; no se ofrece en principio nombrándose a sí mismo, estableciéndose a sí mismo, sino a través de otras cosas, envuelto en otras formas. La necesidad ineludible de saber que tiene todo hombre y todo pueblo sobre las cosas que más le importan, se ha satisfecho en España en formas diríamos <sacramentales> con la novela y su género

¹³ Zambrano, María, *Filosofía y Poesía*, México, FCE, 1996, p. 16.

máximo, la *poesía*. Novela y poesía funcionan, sin duda, como formas de conocimiento en las que se encuentra el pensamiento disuelto, disperso, extendido; por las que corre el saber sobre los temas esenciales y últimos sin revestirse de autoridad alguna, sin dogmatizarse, tan libre que puede parecer extraviado. Visto el pensamiento español, presenta graves cuestiones en esta su forma de existencia, vagabunda y anárquica¹⁴

Es así como, al hablar de realismo español María Zambrano tiene en mente al poeta asombrado ante lo que se le presenta como realidad, incapaz de atenzarle el determinante golpe racional sin más, metafóricamente hablando. El realismo español representa, por tanto, el amor por el mundo de la vida que el filósofo europeo de la época calificaría como engañoso y alejado de la verdad abstracta a develar a través del riguroso desentrañamiento de la realidad partiendo de la razón. Bajo este talante, será el realismo español una forma de vida, la forma más entrañable del pueblo español de estar en el mundo y relacionarse con él. De esta manera, no resulta fortuito el predominio de lo espontáneo en el pensamiento ibérico, expresado ya sea a través de su literatura que nos habla normalmente del vivir cotidiano del español, o bien, de su filosofía vitalista impregnada hasta las entrañas de la vida naciente, del palpitar del mundo exterior más allá de la reducción abstracta. Es así como, el realismo, en tanto forma de vida, se fundamenta como cimiento principal para el conocimiento en el pensamiento español, pues no sólo la violenta escisión filosófica proveerá conocimiento.

El materialismo, a su vez, se entenderá en el contexto español como la relación entrañable que se establece entre el español y el mundo, se trata de un lugar delimitado dentro del llamado realismo español. La filósofa española lo describe como la “divinidad del mundo visible”, refiriéndose, así, a la aceptación desinteresada del mundo material; cabe destacar que dicho mundo material está planteado por Zambrano como materia cargada de energía creadora, por tanto, *materia sagrada*, que será siempre materia en posibilidad, por decirlo de algún modo. No es fortuito que, en la novela española, como el Quijote, por ejemplo, los protagonistas sean las cosas, nos dice la filósofa andaluza; pues el mundo material más allá de referirse a objetos inertes se refiere a objetos en potencia con los cuales

¹⁴ ZAMBRANO, María, *Pensamiento y poesía en la vida española*, Obras Completas Tomo I, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015. p. 577.

pueden darse un sinnúmero de interacciones y relaciones diferentes; implica la relación directa con el mundo y en el mundo.

Imposible asumir frente a esta materia adorosa y creadora, infinitamente fecunda, una actitud contemplativa. Entrar en relación con ella es existir ya en ella, es entrar en su atmósfera, en su círculo, donde nada permanece separado de nada, donde nada conserva su individualidad limitada y opaca. Entrar en relación con ella es lo más parecido a entrar en la luz, donde seguimos siendo lo que éramos, pero transformados, pues el estar iluminado no es una simple adición. Imposible contemplación desinteresada, es decir, que no modifique la condición del que contempla¹⁵

Esta modificación que sufre a su vez aquél que se relaciona con el mundo será justo una de las premisas fundamentales en la propuesta de sujeto zambraniano como veremos más adelante. De esta manera, se denota en la obra zambraniana tanto al realismo como al materialismo español como piezas fundamentales del vivir ibérico, dentro de ambas categorías van implícitas características angulares como la sensibilidad tan propia del español, según la filósofa malagueña, y la poesía¹⁶ tan representativa del conocimiento popular.

Es a partir de estas categorías que cobran importancia las obras de Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Antonio Machado; pues, cada uno de ellos desde su trinchera expone las entrañas del pueblo español. En la novela de Galdós encontraremos retratada la vida española desde sus profundidades más sensibles, pues nos muestra el vivir cotidiano tan crudo de la península ibérica; no hay cabida para elementos fantásticos en la obra galdosiana, pues los hondos sentimientos que rigen el vivir diario, las relaciones miserables y, a la vez, misericordiosas del español son más que suficientes para llenar de significado las novelas del autor. María Zambrano retomará de aquí que en la vida cotidiana misma se encuentra lo más extraordinario y complejo, sin la necesidad de recurrir a elementos fantásticos que estén más allá de ella.

[...] lo que Galdós nos da es... la vida misma. La vida del español anónimo, de oscuro nombre genérico apegada a un pueblo, a una comarca, a un trozo de tierra, en fin, con sus viñedos y garbanzales, con sus trigales y roquedas, o a una ciudad plantada

¹⁵ *Ibíd.*, p. 589

¹⁶ Habrá que recordar que el término poesía en el *corpus* zambraniano va más allá de un simple género literario, es la forma de vida por excelencia del español, pues poesía es la vida misma, la relación ametódica con el mundo, en el cual palpita la vida, fluye el *ser* con el *no ser* indiferenciados en completa armonía.

en el desierto, como Madrid, rodeada de vertederos y escombreras, de tétricas estaciones de ferrocarril. Vidas que lo son tanto como de un ser humano, de un pedazo de suelo, de linajes y tradiciones; vida anónima, con sus infinitas raíces en el ayer: un tejido tramado con todos los elementos de nuestro ser de españoles. Lo que Galdós nos ofrece en su gigantesca obra es algo más que historia, [...] la historia absorbida y reflejada por el mundo de lo doméstico, en sus novelas. Nos da la vida del español anónimo, el mundo de lo doméstico en su calidad de cimiento de lo histórico, de sujeto real de la historia.¹⁷

Tengamos presente que Benito Pérez Galdós fue novelista y dramaturgo de finales del siglo XIX y principios del XX, ocupándose, como bien hace referencia Zambrano de la vida cruda o llana del español o de lo español, podríamos decir. Tuvo actividad política activa y fue seguidor y afiliado del Partido Republicano. Sus obras tienen la particularidad de retratar el vivir español desde las entrañas mismas del sentir del pueblo. Su postura política resultará muy afín entre los pensadores que nos ocuparán a continuación.

La obra de Unamuno no distará tanto de la galdosiana en lo que refiere a los significantes retomados del vivir popular, sin embargo, habría que sumarle el quehacer filosófico de Unamuno, pues éste no se ubica dentro de un solo género literario, ya que en la obra unamuniana se cuentan variedad de novelas, cuentos, teatro, poesía y, desde luego, filosofía al estilo español, entiéndase por esto no un tratado filosófico sistemático, sino que, más bien, un escrito asistemático filosófico. Es preciso recordar que según nuestra autora Unamuno no escribe filosofía como tal, sin embargo, hace referencia en su libro *Unamuno* acerca de la visión de éste sobre la tragedia que es la vida, y es tragedia para Unamuno porque nota la carencia que acentuará Zambrano durante su obra del hombre como ser que busca la unidad; mas una unidad que es proyecto, la incompletud del hombre le lleva a atravesar la trágica existencia delimitando sus múltiples yos para llegar a la completud, al sujeto que ha alcanzado su ser al fin, sin embargo, habrá de quedar claro en el pensamiento de ambos autores que dicha completud sólo es alcanzada en hecho hasta el momento de la muerte, hasta el momento en que el hombre deja de ser posibilidad.

¹⁷ ZAMBRANO, María, *La España de Galdós*, Sant Viçenç dels Horts, Biblioteca de Autores Andaluces, 2004, p. 102.

En la vida, la tragedia es el estado inicial, porque no somos uno, nadie alcanza la unidad en la vida hasta que ha muerto, y la vida no es sino la marcha hacia esa unidad.

[...] Porque somos muchos, pero estos muchos tampoco andan separados, ya que, entonces, serían varios unos, y la cuestión sería la de armonizarlos todos ellos. Pero la tragedia estriba en que la pluralidad está dentro de la unidad misma, en su seno. Los distintos personajes no están separados porque se necesitan unos a otros para llegar a ser, y únicamente mediante el otro, el uno puede llegar a ser uno en verdad.¹⁸

Es así que, una de las principales inquietudes del pensador bilbaíno radicará sobre la pregunta por la existencia propia; es preciso señalar que, si bien, Unamuno se apega a una especie de relación entre religión y filosofía para denotar esta situación particular de la existencia, sin embargo, no por esto se apega a los cánones cristianos que nos hablan de Dios como condicionante de la existencia del hombre, sino que, más bien, expone magistralmente la necesidad de un hombre incompleto el cual no tiene la existencia dada desde un inicio, sino que irá formándose gradualmente a partir de la experiencia del mundo y de la experiencia con *el otro*; será esta una cuestión fundamental en la idea zambrana de sujeto que plantearemos más adelante.

Como es sabido, Miguel de Unamuno fue contemporáneo de Benito Pérez Galdós, José Ortega y Gasset, Machado y, por supuesto, la misma María Zambrano, coincidentemente comparte con ellos ideales políticos, sin embargo, Unamuno en un alejamiento con la 2ª República llega a apoyar la sublevación militar que inició la Guerra Civil Española, no obstante, más adelante se retractará de ello ante el resultado sangriento y brutal en que desemboca. Filósofo, ensayista y dramaturgo respetado y, a la vez, controversial que busca al hombre de carne y hueso, aquél que vive desde el sentir mismo y no renuncia al cuerpo, el hombre de la novela galdosiana que atraviesa las empresas que la vida desde lo más entrañable le depara.

El caso de Ortega y Gasset es fundamental en el pensamiento zambrano, pues de los cuatro autores a considerar como base angular será justo él quien funja

¹⁸ ZAMBRANO, María, *Unamuno*, Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial, 2015, p. 96.

como maestro principal, como vara de medida para mirar el mundo, si bien a lo largo de su obra María Zambrano se va alejando del pensamiento del maestro, no habrá de olvidarse que deja su huella en ella, no es así fortuito que pueda hablarse de una semejanza entre la razón vital orteguiana y la razón poética zambranianiana, aunque también habrá de reconocerse que existen múltiples diferencias entre una y otra. Para la presente investigación baste mencionar que en la base que buscamos establecer a partir de la cual surge la propuesta zambranianiana de sujeto, Ortega y Gasset desempeña el papel de aportar el vitalismo en su máxima expresión, pues si con Unamuno se establecía la importancia de buscar la unidad del yo a través de la vida, con Ortega se explicarán los parámetros en los que se mueve el hombre para buscar esta unidad; el vitalismo orteguiano es el pensamiento más filosófico al cual se acerca Zambrano en lo español para denotar la importancia de la experiencia del mundo, del afuera y cómo estas experiencias afectan directamente al sujeto que las vive. En Ortega encontramos la estrecha relación de necesidad que existe entre el pensamiento racional y el mundo de la vida, el abrazo entre la razón y la vida. De esta forma, una de las acepciones que toma para hablar de vitalismo en *Ni vitalismo ni racionalismo* es:

La filosofía que no acepta más método de conocimiento teórico que el racional, pero cree forzoso situar en el centro del sistema ideológico el problema de la vida, que es el problema mismo del sujeto pensador de ese sistema. De esta suerte, pasan a ocupar un primer plano las cuestiones referentes a la relación entre razón y vida, apareciendo con toda claridad las fronteras de lo racional, breve isla rodeada de irracionalidad por todas partes. La oposición entre teoría y vida resulta así precisada como un caso particular de la gigantesca contraposición entre lo racional y lo irracional.¹⁹

Bastaría tan sólo recordar la famosa frase del filósofo madrileño <yo soy yo y mis circunstancias>, con la cual queda explícita la entrañable relación que ve Ortega entre lo racional y el mundo de la experiencia, el *afuera*. José Ortega y Gasset, filósofo español que, al igual que María Zambrano, crece rodeado de una familia con aires intelectuales; promotor de la cultura y la filosofía, funda el diario “El Sol” y la “Revista de Occidente” en donde realiza diversas publicaciones de las más importantes tendencias filosóficas y científicas de la época. Como hemos dicho, la

¹⁹ ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*, Barcelona, Austral, 2010. p. 157.

propuesta orteguiana es en forma la más filosófica de la época a la cual recurre Zambrano y de donde, muy claramente, se empapa del vitalismo y la relación entre el pensamiento y la vida.

Por último, mas no por esto menos importante, se encuentra Antonio Machado, poeta que según Zambrano logra develar con su poesía lo más entrañable del hombre, que lleva a la práctica como ningún otro la *razón poética*; Machado expresa líricamente las cuestiones más fundamentales del pensamiento filosófico, el ser del hombre, si hay algo que pueda llamarse estrictamente así para el siglo XX, es expuesto en la poesía machadiana, y es mostrado justo como a Zambrano le gusta verlo, como posibilidad naciente; dice el poeta sevillano:

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar²⁰

Como hemos mencionado líneas atrás es justamente Antonio Machado quien vivifica el concepto de razón poética zambraniano, de tal forma que, no será fortuito que una de las primeras veces que Zambrano utiliza el término razón poética como tal lo haga en un texto dedicado específicamente a los intelectuales españoles y a la situación particular de la Guerra Civil española, mas la referencia surge al hablar particularmente del poeta sevillano del cual dice María Zambrano en *Los intelectuales en el drama de España*:

El pensar poético, dice Machado, se da <entre realidades, no entre sombras; entre intuiciones, no entre conceptos>. El concepto se obtiene a fuerza de negaciones, y <el poeta no renuncia a nada ni pretende degradar ninguna apariencia> [...]

Razón poética, de honda raíz de amor.

No podemos proseguir por hoy, lo cual no significa una renuncia a ello, los hondos laberintos de esta razón poética, de esta razón de amor reintegradora de la rica sustancia del mundo. *Baste reconocerla como médula de la poesía de Antonio*

²⁰ MACHADO, Antonio, *Proverbios y cantares XXIX en Poesías completas I*, Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1975, p. 223.

Machado, poesía erótica que requiere ser comentada, convertida a claridad, porque el amor requiere siempre conocimiento.²¹

Antonio Machado, poeta y pensador español, dedicó su pluma al verso, sin embargo, sus líneas fueron más allá de simples rimas, vivió la poesía desde lo más profundo de sí mismo y lo plasmó en el papel dejando lo que para María Zambrano sería esa honda raíz de amor que retrata la relación entre el hombre y el mundo, ese abrazo entre filosofía y poesía. Murió en el exilio como tantos otros, pocos días después de lograr huir de la España ocupada. De creencias políticas estrechamente relacionadas con los autores que se han citado, afines todos en diversas proporciones a la 2ª República Española y, por tanto, orillados al exilio o muertos antes de la llegada de éste.

Es así como, partiendo de estos cuatro autores principales, Galdós, Unamuno, Ortega y Machado, nuestra autora cree encontrar algunos de los puntos angulares de la subjetividad española, retomando y transformando elementos clave de cada uno de ellos conforma su propuesta de sujeto y la gran base de su pensamiento: la razón poética que veremos en líneas posteriores.

2.2 EL EXILIO ESPAÑOL

Si bien ya hemos planteado las bases racionales o intelectuales a partir de las cuales María Zambrano comienza a estructurar su pensamiento y, particularmente, de donde comienza a verse emerger su propuesta de sujeto y/o subjetividad, no podría darse todo esto sin tomar en cuenta la situación histórica por la cual atraviesa la filósofa malagueña; sería pues contradictorio hablar de un pensamiento en donde convergen razón y experiencia vital, sin tomar en cuenta precisamente la vida desde sus entrañas más carnales que experimenta nuestra autora. María Zambrano fue una hija de su época, habrá de recordarse la situación particular por la cual atravesaba tanto la filosofía como España en aquella primera mitad del Siglo XX de la cual fue impregnada la filósofa malagueña.

²¹ ZAMBRANO, María, *Los intelectuales en el drama de España*, Obras completas, Volumen I, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, p. 193. Las cursivas son nuestras.

Durante finales del Siglo XIX y principios del XX hubo un viraje en el pensamiento filosófico, si bien ya había empezado desde el Romanticismo y había continuado con Schopenhauer y Nietzsche, podría decirse que tuvo uno de sus puntos álgidos con Husserl por el replanteamiento de la *epoché*, puesto que retoma el paréntesis colocado a los prejuicios que utilizara antes el método cartesiano, busca replantear el modo en el cual se ha estado pensando el mundo y al hombre mismo. Ya con Nietzsche se buscaba salvar al cuerpo del añejo baúl al que se le había confinado durante la tradición platónica. La nueva vertiente filosófica será contagiada a Zambrano a través de José Ortega y Gasset, quien estuviera en contacto directo con Husserl durante algunos años. No habrá de omitirse tampoco la lectura que hace Ortega de Uexküll y cómo pueden verse ciertas convergencias entre *el mundo de la vida* propuesto por éste y el vitalismo orteguiano.

Es así, que la filosofía de la época apunta directamente al mundo de la vida, a la relación sujeto-mundo de formas nuevas y llenas de posibilidad. La filosofía española en particular sigue luchando con el viejo fantasma que durante tantos siglos le atormentó entre si existe pensamiento racional propiamente filosófico en la península o literario, la sistematización en el pensamiento no fue nunca cosa del español dirá Zambrano.

Y los sucesos de nuestra historia, lo que real y verdaderamente ha pasado entre nosotros, lo que a todos los españoles nos ha pasado en comunidad de destino, aparece como en ninguna parte en la voz de la poesía. Poesía es revelación siempre, descubrimiento. Y sucede en nuestra cultura española que resulta muy difícil, casi imposible, manifestar las cosas que más nos importan, de modo directo y a las claras. Es siempre sin abstracción, es siempre sin fundamentación, sin principios, como nuestra más honda verdad se revela. No por la pura razón, sino por la razón poética.²²

Después de la escolástica de la cual España fuera uno de los exponentes, la tradición filosófica tuvo auge en países como Francia, Inglaterra y Alemania quienes no abandonaron el modelo riguroso, sistemático y estrictamente racional para plantear el pensamiento filosófico. Se haría una lectura muy superficial si se afirmara por esto que en España no hubo filosofía durante varios siglos, pues, como mencionamos en el apartado anterior, lo propio del español para la malagueña fue

²² ZAMBRANO, María, *Pensamiento y poesía en la vida española*, op. cit., pág. 596.

transmitir el sentir más hondo del pueblo a través de la literatura, pero ya en ella se encontraba latente e implícita la filosofía más entrañable de la Península Ibérica.

En lo referente a la situación política española de la época, María Zambrano vive en carne propia uno de los ultrajes más sangrientos en la historia de España como fuera la Guerra Civil; esta catástrofe no es fortuita, sino que, más bien, es el auge del cúmulo de fricciones que vendrán desde la dictadura de Primo de Rivera e incluso de más atrás, y que se acentuarán en el intento de la República de lograr la modernización de España²³, haciendo estallar así la extrema derecha conservadora. La Guerra Civil es la apuesta del español tradicional por recuperar la identidad nacional desde el orgullo más profundo del hombre; de tal forma que, aquel español que se sintiera desencajado, humillado después de haber sido el gran Imperio conquistador y vara de medida para Europa, encontró en el fascismo la mejor máscara para poner la frente en alto y sentirse hijo de algo. Fue así como triunfó Franco y el fascismo sobre la izquierda republicana. Como bien sabemos el franquismo español, apoyado por la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, abrió la puerta al fascismo europeo que trajo consigo la Segunda Guerra Mundial.

No es ningún secreto la ferviente sangre republicana que latía en las venas de María Zambrano, su actividad en la izquierda española le llevó a tener que salir de la península el 28 de enero de 1939 tras la entrada de los *nacionales* en Barcelona, huyendo así de la cacería de intelectuales republicanos a mano de los franquistas. Como es bien sabido el exilio zambraniano no encontró, en realidad, patria segura, la filósofa malagueña deambuló entre diversos países a lo largo de 45 años. La vivencia del exilio marca la obra zambraniana desde sus entrañas más profundas, pues no es fortuito hablar de un sujeto que padece su propia trascendencia por tener que irse creando a partir de la experiencia, de la vivencia del mundo. El pensamiento de Zambrano lo es del exilio, pues el *corpus* zambraniano es una apuesta por lo excluido, por lo imposibilitado, baste mirar la razón poética, razón incluyente,

²³ Al hablar de modernización habría que entender la búsqueda de la república española de emparejar a España con Europa, esto es, de lograr al fin la superación de la España tradicionalista, conservadora, para así encajar en una Europa progresista, entendiéndose por progreso la evolución hacia el Estado más humano, la expansión de los derechos y la libertad del pueblo.

integradora, que recoge al *no ser* condenado desde Parménides; apuesta por la repatriación del poeta errante que fuese exiliado de la *República* platónica. Es pues, la crisis del exilio la que le lleva a postular una filosofía integradora de la cual nada, ni nadie, pueda sentirse excluido, en la cual se encuentre la vida palpitante sin límites ni fronteras.

El exiliado es el que más se asemeja al desconocido, el que llega, a fuerza de apurar su condición, a ser ese desconocido que hay en todo hombre y al que el poeta y el artista no logran sino muy raramente llegar a descubrir. El filósofo, de tan rara aparición integral, lo manifiesta en la ausencia de su yo y de su persona, en el acallamiento de las pasiones que por algo es presupuesto del pensar desde su origen. Mas queda la pasión como en el santo.

Mientras que en el desconocido no hay pasión, a fuerza tal vez de la aceptación, no de las circunstancias ni de su situación en medio de ellas, sino de su orfandad y de eso que le caracteriza más que nada: no tener lugar en el mundo, ni geográfico, ni social, ni político, ni -lo que decide en extremo para que salga de él ese desconocido-ontológico. No ser nadie, ni un mendigo; no ser nada. Ser tan sólo lo que no puede dejarse ni perderse y en el exiliado más que en nadie.²⁴

El exilio para Zambrano representa crisis, tanto política como ontológica, pues políticamente hablando España derrama su propia sangre buscando un nuevo rumbo hacia el cual encausarse, mientras que ontológicamente hablando el exilio resquebraja al sujeto que le ha vivido, le arranca todas las ropas para dejarle desnudo ante la vida; es pues, el exilio, momento decisivo para que Zambrano se replanteé el modo de ser humano, de ser a secas. Será la crisis punto angular para replantear los fundamentos de toda vida, pues, según la filósofa malagueña, es justo en los momentos de crisis que se le revela al hombre la vida propia y, partiendo de ésta, se le exige una reforma, se le exige *ser otro*, pues el que es en el momento anterior a la crisis no es suficiente e, no basta, no está completo. Ante la crisis el sujeto errante descubre su propia incompletud y, con ella, la posibilidad, pues decirse incompleto es equivalente a pensarse como posibilidad múltiple de ser cualquier cosa, de seguirse haciendo interminablemente.

La crisis muestra las entrañas de la vida humana, el desamparo del hombre que se ha quedado sin asidero, sin punto de referencia; de una vida que no fluye hacia meta alguna y que no encuentra justificación. Entonces, en medio de tanta desdicha, los que vivimos en crisis tengamos, tal vez, el privilegio de poder ver más claramente,

²⁴ ZAMBRANO, María, *El exilio como patria*, Barcelona, Anthropos, 2014, p. 41

como puesta al descubierto por sí misma y no por nosotros, por revelación y no por descubrimiento, la vida humana; nuestra vida. Es la experiencia peculiar de la crisis.²⁵

El español exiliado no puede acoplarse en los países extraños siendo el español ordinario que era mientras estaba en la península, no deja, pues, de ser español, sin embargo, la categoría de exiliado le ha puesto una carga sobre los hombros difícil de llevar, le ha marcado como sujeto sin patria, como hombre desamparado, como ser en orfandad, ser arrojado al mundo que carga con la exigencia de hacerse a sí mismo, de terminarse sin saber cómo. Ya en *El sueño creador* decía Zambrano que el hombre es el único ser que padece su propia trascendencia, pues le es exigido crearse a sí mismo, hacer camino al andar como diría Machado, sin atenerse a una mera vida biológica o predeterminada de cualquier forma, cual astro que sigue su órbita. Es así, que la crisis del exilio lleva a la filósofa andaluza a replantearse la vida propia, se encuentra María con el abandono, con la vida errante que ha perdido el rumbo fijo y esto le obliga a crearse un lugar propio, a descubrirse como posibilidad y como patria de sí misma.

Pero la vida no espera. Hay que vivir, entendiendo esto de todas las posibles (maneras). Y vivir es <entrar en>, entrar en una <situación> que el exiliado, al tiempo que sale, tiene que procurarse.

Es la cruz, o la forma que toma la cruz del exilio: salir de donde estaba, salir de la situación donde vivía, que es tanto como salir de la vida determinada donde se es alguien en alguna parte. Salir del todo en ese instante y a ese instante le seguirá siempre al exiliado, como siendo nadie, exactamente ninguno.²⁶

Es así, que la vivencia del exilio va de la mano con la filosofía zambraniana, pues basta leer la obra de la filósofa española para notar que se trata de una filosofía de la crisis, de la reforma, filosofía que trata de crear una patria para todo aquel que no encuentre la suya. Filosofía que plantea las bases que María Zambrano encuentra a partir de las cuales cada ser pueda construirse a sí mismo y, junto con él, su propio mundo. No hay que olvidar que Zambrano no ofrece un método, no plantea una serie de pasos a seguir, incluso no quiere ser seguida, muy al estilo nietzscheano habla desde sí misma, desde su propia carne como ejemplo del camino que cada

²⁵ ZAMBRANO, María, *Hacia un saber sobre el alma*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Obras Completas Tomo II, 2016, p. 492.

²⁶ ZAMBRANO, María, *El exilio como patria*, op. cit., p28.

uno tendría que hacerse. Es así como, más que un sistema, la razón poética es una guía de cómo cada cual habrá de descubrir su propia incompletud e irse haciendo y deshaciendo según sea su circunstancia vital.

2.3 LA RAZÓN POÉTICA

Esta que llamaremos guía resulta como propuesta después de varios años en el pensamiento zambraniano, puede verse que en realidad la idea o componentes de la razón poética abarcan todo el *corpus* de la filósofa andaluza, sin embargo, es nombrada por ella hasta después de varios libros. Una de las luchas implícitas que aborda Zambrano en su filosofía es la relación filosofía – poesía, a través de ambos conceptos divide el pensamiento entre lo racional y lo sensitivo, podría decirse que lo que hemos tratado en apartados anteriores entre la relación sujeto – mundo se podría esquematizar conceptualmente en la relación filosofía – poesía. Por filosofía puede entenderse en la obra zambraniana al pensamiento racional, lingüístico que clasifica y ordena el mundo lógicamente, mientras que la poesía vendría a representar el mundo y la vivencia entrañable de este más allá de su conceptualización, digamos el encuentro inocente, desnudo, prelingüístico entre el ser sintiente y el misterio palpitante de lo natural.

Para hablar de razón poética, pues, habría que tener presente la disputa filosofía – poesía que cuenta con puntos clave como la diferenciación ser/no-ser parmenideana, el exilio de los poetas en la *República* platónica y la exaltación de la razón sobre los sentidos para llegar al conocimiento en el método cartesiano. Si bien existen más momentos de controversia entre ambos extremos de la balanza, serán estos tres lo más representativos para la filosofía de María Zambrano. Expliquemos, *grosso modo*, que Parménides hace una escisión fundamental en el hombre, por un lado, coloca al ser y le otorga atributos de perfección, inmutabilidad, eternidad, etc., y con ellos le brinda la posibilidad descubrir la verdad, aquella que para los griegos era única y que era necesario develar, pues se encontraba oculta tras el mundo material, era la esencia que hacía que cada cosa fuese lo que era,

dicho ser fue asociado con el pensamiento racional; por otro lado, se encontraba el no-ser, opuesto del ser, por tanto, imperfecto, cambiante y perecedero, de tal manera, que a través de él no había posibilidad de llegar a aquella verdad añorada, el no-ser encaminaba al engaño, lejos de la esencia, y era, por tanto, asociado al conocimiento obtenido por los sentidos. Platón reafirmó la postura parmenideana e hizo expulsar a los poetas en su diálogo *La República* por ser voceros del no-ser, hombres erráticos que a través de elementos fantásticos y de la vivencia sensitiva del mundo pretendían dar lecciones de vida; sobre ellos colocó a los filósofos, hombres racionales encaminados a descubrir la verdad en el mundo y enseñar a través de la razón a los otros a llegar a ella, habrá de recordarse que para Platón esta verdad suprema se encuentra en el mundo de las Ideas, allá donde las formas se encuentran veladas para los simples ojos mortales que no han osado prepararse a través de la filosofía. Por último, llegamos a Descartes que, como ya desarrollamos anteriormente, le otorga el estandarte al pensamiento racional y excluye, o coloca en segundo término, el conocimiento que puedan brindar los sentidos por ser propenso a relativizar el mundo. Por el contrario, la filosofía de María Zambrano lo es de la inclusión, es filosofía que incentiva el abrazo entre los que se creen opuestos siendo más bien complementos, tal el caso de la filosofía y la poesía, pues tras la escisión parmenideana Zambrano busca el encuentro, ya que, como nos dice en *Filosofía y Poesía*, “No se encuentra el hombre entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía. En la poesía encontramos directamente al hombre concreto, individual. En la filosofía al hombre en su historia universal, en su querer ser”.²⁷

En líneas anteriores catalogamos a la filósofa malagueña como hija de su época, la razón poética es el más claro ejemplo de esto, pues no habrá de olvidarse que las propuestas filosóficas de principios del siglo XX están encausadas a repensar específicamente el concepto de razón y de mundo, son críticas, pues, a la razón moderna que fue tan impositiva. Filosofías de la diferencia podríamos decir, que partiendo de diversos derroteros intentan rescatar aquello que fue excluido

²⁷ ZAMBRANO, *Filosofía y poesía*, op. cit., p. 13.

desde tantos siglos atrás, dígame sentidos, cuerpo, mundo, etc. De tal manera que, lo no vigente se abre camino ante las fronteras que le excluían por la razón legitimadora. Encontramos ahí a la razón poética como una de varias apuestas por repensar la relación razón – vida, sujeto – mundo.

La razón poética intenta mostrar puntos clave a través de los cuales cada sujeto que sea capaz de notar su propia incompletud encuentre la forma de crearse y crear mundo a la vez. Es un método que, paradójicamente, es a-metódico, esto es, que no cuenta con pasos definidos a seguir, sino que, más bien, muestra una estructura que sea ejemplo para que cada cual le moldeé su propio contenido, es por esto por lo que hablamos de su característica de guía, pues muestra un camino sin fijar los pasos que habrán de darse en él. Ortega y Gasset postulaba una razón vital en la cual el pensamiento y la vida buscaban converger según la circunstancia vital, María Zambrano propone una razón poética en la que esta convergencia entre pensamiento y vida sea aún más profunda, entrañable, recurre la filósofa española a lo más hondo del hombre, al misticismo del universo. No habrá de olvidarse que la razón poética zambraniana no deja de tener tintes metafísicos, de ahí su relación con lo sagrado. Pues la apuesta zambraniana no anula al ser, sino que, más bien, le modifica los atributos antaño establecidos.

Continuando por el tejido de la búsqueda zambraniana de una razón poética en la cual tanto el pensamiento filosófico, en su sistematicidad lógica, como el decir poético, en su vitalidad sensorial, puedan caminar de la mano en virtud de lograr subsanar aquella primera escisión parmenideana –*ser/no ser*– reafirmada y ejecutada violentamente en la *República* platónica; será necesario colocar en paréntesis tanto el decir filosófico como el poético para regresar a aquello de lo cual ambos son expresiones. De tal manera que, para estructurar este bosquejo de razón poética en el cual nos hemos encaminado es preciso ahora denotar la importancia de aquello que se encuentra más allá de la filosofía y la poesía mismas, pues si bien ya hemos hablado repetidamente tanto de lo filosófico por un lado, como de lo poético por otro, hemos dejado de lado la fuente de la que emanan ambas expresiones, esto es, el fundamento que, según Zambrano, es la piedra angular o

el principio a partir del cual se dice algo ya sea filosófico o poético: la realidad, en este caso *la realidad oculta*, el enigma que se encuentra velado en el mundo y que el hombre a lo largo de tantos años de tradición filosófica ha intentado, a partir de uno u otro sistema, develar, desocultar, creyendo que aquello a encontrar es la extraviada sustancia.

Es así como, existe un centro productor, *creador* en palabras de Zambrano, el lugar de la posibilidad, el hogar de la multiplicidad en donde el devenir es constante. Centro misterioso que para darse a conocer se manifiesta en las formas diferenciadas del filósofo, pero no se entrega a él por completo; enigma de la realidad que el poeta enuncia efímeramente. Este lugar privilegiado en el pensamiento de María Zambrano, fuente creadora y punto de partida, es *lo sagrado*: las entrañas del mundo, el misterio sin forma, sin identidad, en el cual la multiplicidad cohabita sin contradicción.

Mas, la realidad como se presenta en el hombre que no ha dudado, en el hombre que no ha entrado todavía en conciencia y aun mucho antes en el hombre en el estado más original posible, en el que crea e inventa los dioses, la realidad no es atributo ni cualidad que les conviene a unas cosas sí y a otras no: es algo anterior a las cosas, es una irradiación de la vida que emana de un fondo de misterio; es la realidad oculta, escondida; corresponde, en suma, a lo que hoy llamamos "sagrado".²⁸

El idealismo occidental heredero de la Idea platónica ha pretendido ver la realidad como un atributo con el cual vestir ciertas cosas y desnudar otras, esto es, como una cualidad posterior a las cosas mismas y de la cual algunas pueden carecer. En el proyecto zambraniano, refiriéndonos específicamente a lo sagrado, la realidad será previa a las cosas; de tal forma que, no es ella la que viste a los objetos sino la fuente creadora a partir de la cual se va construyendo el hombre sujeto y a su mundo con él; así, la realidad oculta, lo sagrado, es la vida en su sentido más originario, la *vida creadora*, la potencia de la vida, en palabras de Zambrano el conato de vida.

Mas esta realidad oculta y carente de especificidad requiere, para su conocimiento, expresarse a través de algo concreto, es así, que lo sagrado se

²⁸ ZAMBRANO, María, *El hombre y lo divino*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª. Edición, 2016. pps. 32-33.

manifiesta a partir de lo divino; lo cual quiere decir que, ante el hombre en su búsqueda de explicación, en su afán de conocimiento y, sobre todo, de autoconocimiento, se manifiesta lo divino, que serían los dioses de las diversas culturas. Dioses que sean la expresión de lo enigmático, *la revelación de los secretos del mundo*, del universo; que en su representación de la unidad y “perfección” ayuden al hombre a ubicar *su lugar en el cosmos*, a buscar el ser que cree perdido y a encontrar su propia unidad. Dioses que le develen lo sagrado, que sirvan de puente entre él y la realidad.

La aparición de los dioses, el hecho de que haya dioses, configura la realidad, dibuja una primera especificación que más tarde, cuando la lógica haya sido descubierta, serán los géneros y las especies. La presencia de los dioses pone una cierta claridad en la diversidad de la realidad ya existente desde el mundo sagrado más primitivo y paradójicamente permite que vaya surgiendo el mundo profano.²⁹

El espíritu filosófico en sus comienzos se sirve de lo divino para explicarse la realidad multiforme a partir de su separación en formas definidas, para tener un rostro al cual poder encausar la pregunta, pregunta que se encuentra encaminada a la duda de *sí mismo*, de la vida que corre dentro de él y no comprende. Posteriormente, dotado de la acción filosófica por excelencia que es el preguntar – ya dirá Zambrano en *Filosofía y poesía* que ‘filosófico es el preguntar y poético el hallazgo’– voltea la mirada hacia el exterior y comienza a encausar la pregunta por el ser de las cosas, por las causas de la naturaleza. Ante la insuficiencia de los dioses para satisfacer la pregunta filosófica por alejarse de la razón para explicar el mundo y sus causas, el filósofo exige su libertad, se emancipa de las revelaciones divinas de lo sagrado y busca explicarse el mundo, y a *sí mismo*, a partir de la razón; es ahora, pues, su propia conciencia la creadora de mundo, la herramienta facultada para separar y clasificar aquello que el hombre encuentra fuera de sí para su conocimiento a partir de bases lógicas y netamente racionales. Ya no necesita que las cosas le sean dadas y, así, aquello que sirviera como puente mediador entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y *lo otro*, será removido. “Como el hijo que se separa del padre y lucha contra él y que no hubiera podido existir sin él. Así el pensamiento filosófico y la afirmación de la persona humana contenida en la

²⁹ *Ibíd.*, p. 42

tragedia, denuncia la insuficiencia de los dioses, y aun ha de entrar en conflicto con ellos"³⁰; de tal forma que, el trato del hombre con la realidad será a partir de ahora directo, sin la necesidad de la representación divina, pues aquel papel de lo divino como representación de lo sagrado será ahora sustituido por la conciencia que es capaz de representarse a sí misma la realidad oculta que yace en las profundidades del mundo sagrado.

La poesía, por el contrario, en su acercamiento a lo sagrado, a la multiplicidad abarcante, no fue capaz de dividirlo, de buscarle forma alguna definitiva. Pues si bien la poesía, en la obra zambraniana, no busca establecer formas estrictas e inmutables, no por esto se refiere sólo a lo sin forma sin más, sino que acepta todas las formas, esto es, todas las *posibilidades de forma*. De tal manera, que no hay forma última ni definitiva, sino que se encuentra siempre en devenir, siempre cambiante. Para el poeta, pues, la mejor o última forma es la que está siempre *por venir*, la posibilidad entrañable de cada forma. El poeta acepta ser creado y no aspira, precisamente, a ser creador único o último de la realidad. La revelación divina es, incluso, esperada por el poeta, pues no pretende encontrar sus razones en el mundo, sino que el mundo le debe por sí mismo sus entrañas. Habrá que plantear entonces la diferencia entre filósofo y poeta de la siguiente manera, mientras el filósofo procuró el conocimiento de la realidad sagrada, oculta, a través del control de ésta pensándola estratificada, esto es, como una sustancia que se materializa y en dicha materia se queda fijada; el poeta, por su parte, entendió ya desde un inicio que el misterio de la realidad sagrada está en su devenir, en su capacidad de fluir siempre sin llegar a su estratificación, si bien se materializa a través del mundo, no por esto se queda fijada sino que la materia que crea en el mundo es susceptible de transformación, sigue recreándose a partir de los usos y, por supuesto, de las transformaciones y degradaciones a que es expuesta.

Es así como, la diferencia fundamental entre la poesía y la filosofía la encontramos, según Zambrano, en el trato que tiene cada una de ellas con lo sagrado, con *lo otro*: "Pues en realidad la polémica o diferencia habida entre

³⁰ *Ibíd.*, pps. 61-62.

filósofos y poetas se dibuja sobre el fondo de lo sagrado, de la relación con los dioses, de la piedad. Y es que la divergencia, el abismo que separa a las dos, resulta de la diferente acción que con lo sagrado realizan”³¹. ¿Cuál es entonces la diferencia real entre filósofo y poeta? ¿En qué consiste esta acción con lo sagrado propia de cada uno de ellos? Pues bien, hemos dicho que es la admiración y la violencia, pero ¿a qué refiere la admiración y realmente cuál ha sido la violencia? ¿Qué es lo violento del filósofo? Para Zambrano el poeta, que es el que se queda en el momento de la admiración del mundo, de la realidad, adopta como forma de trato con ella *la piedad*, ésta refiere al trato con *lo otro*, con lo sagrado. La piedad hace aceptar lo otro sin cuestionarle, sin intentar adecuarlo al hombre, esto es, que se le ve justo como la diferencia y no se intenta encasillarlo dentro de parámetros que le son ajenos “*piedad es el saber tratar adecuadamente con lo otro [...] Es decir, una realidad perteneciente a otra región o plano del ser en que estamos los seres humanos, o una realidad que linda o está más allá de los linderos del ser*”³². Es, entonces, un descubrir y reconocer la diferencia.

Bajo este talante, la violencia ejercida por el filósofo es la de intentar ajustar a su esquema del *ser*, a sus construcciones conceptuales, aquello que le aparece como ajeno, *la otredad* que se encuentra en lo sagrado. Así, para explicarse el mundo crea casillas en las cuales clasificar los elementos que va encontrando, los asemeja según sus cualidades y con esto cree abarcarlos. Para la filosofía³³ explicarse el mundo ha sido, pues, reducirlo a conceptos, a definiciones que establezcan de manera clara y delimitada el *ser* de las cosas, he ahí la violencia para Zambrano en la reducción sistemática del mundo y el rechazo de la diferencia.

El poeta acepta la multiplicidad, pero sería un error creer que en este aceptar no hay también una escisión. Si bien la división echa por el poeta no se asemeja a la violencia del filósofo, representa también un desentrañamiento de lo sagrado, pues el descubrir de la piedad es también acción y no mera pasividad ante el mundo,

³¹ *Ibíd.*, p. 74

³² *Ibíd.*, p. 203. Las cursivas son nuestras.

³³ Habrá de tenerse en cuenta que la crítica de María Zambrano apunta a un tipo de filosofía en particular que es aquella que sigue la línea Parménides-Platón-Descartes, teniendo como punto álgido el cartesianismo y con esto la razón moderna.

no receptividad pasiva, sino activa, sin embargo, no representa la violencia de la acción filosófica. La diferencia radica en que, a pesar de ser ambas un intento de establecer un orden en el caos de la multiplicidad, mientras la acción filosófica pretende marcar un orden definitivo –y definitorio–, totalizante y lógico, la acción poética, esto es, la piedad, cree encontrar el orden y no crearlo; la acción de la piedad busca, entonces, *descubrir* el orden que está dado más allá de ella por lo sagrado mismo y no intenta imponer uno propio. He ahí nuevamente la violencia y el alejamiento del mundo, la diferencia de trato con lo sagrado y la implicación del olvido de los dioses del filósofo: “Al reducirse el conocimiento a la razón solamente, se redujo también eso tan sagrado que es el contacto inicial del hombre con la realidad a un modo único: el de la conciencia”³⁴. Y con esta reducción del conocimiento viene el olvido del mundo sensible que hemos abordado anteriormente, el mundo en donde se desarrolla la vida, el contacto con la realidad, con lo sagrado. Mundo al que el poeta ha encauzado su vivir.

La afirmación de la validez epistemológica de la poesía es recurrente en la obra de María Zambrano, incluso es uno de los puntos angulares de su pensamiento. Forma de conocimiento que a diferencia de la filosofía no busca ocupar un lugar protagonista o central, sino que espera únicamente ser reconocido como uno más, pues la poesía se sabe como un camino entre otros muchos del hombre para conocer el mundo, la realidad, la vida, a sí mismo y a los otros, y no aspira en modo alguno a ser camino único. La filosofía, en cambio, por lo menos hasta algún momento del siglo XIX, pretendió ser el camino único, el camino verdadero para obtener el conocimiento válido, conocimiento inmutable que sirviese como regidor de la realidad toda. La filosofía, pues, quiso ser la vara de medida, la poesía intentaba mezclarse con la realidad, vestirse de ella.

El retorno al mundo sensible por parte de la filosofía ha hecho notar la insuficiencia de ésta para abarcarlo, para explicárselo completamente, pues el mundo –y la vida toda– no es meramente racional, es también sensibilidad, el mundo no sólo se piensa, sino que también se siente he ahí el campo del poeta.

³⁴ *Ibíd.*, p. 191

Como mencionábamos, su trato con la realidad sagrada a través de la piedad le lleva al sentimiento de *lo otro*, sentimiento que se vuelve descubrimiento, es así, que el poeta encuentra una forma que le es propia de acercamiento con la realidad, de enfrentarse a ella y conocerle; el conocimiento del mundo a partir de la poesía es pues, antes que una explicación meticulosa y racional de sus causas y efectos, un descubrimiento, un sentir la realidad.

Ha sido, para Zambrano, ocupación de la poesía enunciar las entrañas ocultas que yacen en el mundo de lo sagrado, enunciación que invoca la realidad más oscura y desnuda. El alcance del poeta sobre el mundo sensorial ha sido privilegiado, a él se le ha revelado como ofrenda por su fiel compromiso. Y el conocimiento que se encuentra en lo más oculto y oscuro de la realidad es nada menos que el conocimiento de la vida y del sentido oculto que sale al encuentro del poeta que le acepta sin resistencia, conocimiento místico. Es pues, conocimiento poético, razón poética que acepta el encuentro con el mundo sin buscar imponersele, dominarle, sino *ser con él*, junto a él: “a quien prefirió la pobreza del entendimiento, a quien renunció a toda vanidad y no se ahincó soberbiamente en llegar a poseer por la fuerza lo que es inagotable, la realidad le sale al encuentro y su verdad no será nunca verdad conquistada, verdad raptada, violada; no es *alezeia*, sino revelación graciosa y gratuita; razón poética”³⁵.

En Zambrano, para que surja el conocimiento se requieren dos momentos: el asombro del mundo y la violencia sobre ese mundo para aprehenderle en el intelecto. Superficialmente el poeta se queda en el asombro y el filósofo llega al segundo momento en donde ejerce la violencia, ¿no ejerce entonces violencia el conocimiento poético? El asombro del poeta ante el mundo le lleva a querer, al igual que el filósofo, enunciarle, la diferencia fundamental entre ambos como ya ahondamos es el deseo de posesión y creación de la filosofía versus la renuncia de dominación y la modestia de descubrimiento de la poesía. El filósofo quiere *poseer* el conocimiento, cree que debe obtenerle como algo propio, incluso es él quien le da sentido en la historia, quien le delimita y controla. El poeta, en cambio, no busca

³⁵ZAMBRANO, María, *Pensamiento y poesía en la vida española*, op. cit, p. 599

obtener, sino *descubrir* –de cierta forma un descubrir ingenuo, sin condiciones– el conocimiento que el mundo le ofrece, que el mundo le quiere dar; el conocimiento de la filosofía se enfocará en las estructuras conceptuales a las cuales responde, según ella, la realidad. Aquellas reglas ‘universales’ de causa-efecto que *condicionan la posibilidad de que las cosas sean*. El conocimiento de la poesía no llegará tan lejos, y decimos lejos en sentido de alejamiento, pues éste abrazará el mundo como tal, en su efímera aparición y desaparición; el conocimiento de la poesía es para María Zambrano el conocimiento del mundo de la vida, de las experiencias inmediatas entre el hombre y la realidad, conocimiento del sentir de la vida, del mundo y, con ello, de lo más cotidiano y azaroso.

Es el conocimiento poético aquel que recoge en sí las minorías excluidas a lo largo de la construcción del gran camino del ser, todo aquello que ha sido olvidado o menospreciado por carecer del grado supremo de abstracción que exigiese la tradición filosófica, será recogido por el poeta incapaz de renunciar a nada, el conocimiento poético, así, no necesita discriminar unas cosas sobre otras ni pretende tener el poder de dar validez a unas y excluir a otras, sino que él simplemente les acepta en su diferencia: “Conocimiento poético en que ni se escinde la realidad, ni se escinde el hombre, ni se escinde la sociedad en minorías de selección y masa”³⁶

No es fortuito que la obra zambraniana busque afirmar la validez del conocimiento poético como si se le hiciese justicia sin más. Hay que recordar que el pensamiento zambraniano se encuentra íntimamente ligado a su postura política y al rescate de aquella España que fuese casi olvidada de la historia del pensamiento racional durante la Edad Moderna. La necesidad de reconocer entonces la importancia de la esfera de la vida de la que se ocupa la poesía, es pues, un intento también de reconocer el pensamiento español y su modo único de enfrentarse con el mundo. El conocimiento poético que, según la filósofa malagueña, permeó el modelo español de acercarse a la realidad y tratar con ella, bajo la crítica de su tiempo hacia el racionalismo y el derrocamiento del *ser* como

³⁶ *Ibíd.*, p. 598

único camino, ha de ser reconocido y no excluido del pensamiento occidental: “Del conocimiento poético español puede surgir <la nueva ciencia> que corresponda a eso tan irrenunciable: la integridad del hombre”³⁷. Esto es, que la propuesta zambraniana de la afirmación del conocimiento poético es una invitación a aceptar la diferencia y, con ella, el aporte español. Aporte que nos exhorta a repensar el mundo y a nosotros con él, que nos abre un nuevo horizonte para acercarnos a su encuentro.

Podría parecer, erróneamente, que la propuesta de María Zambrano es colocar el conocimiento poético sobre el conocimiento filosófico-racional, pero la cuestión es en realidad mucho más compleja. La tradición filosófica ha yuxtapuesto a lo largo de su historia a un elemento dirigente sobre otro, esto es, que ha colocado siempre alguna corriente filosófica como eje conductor o vara de medida de las demás y su derrocamiento ha sido sólo en virtud de intercambiarla por otra que realice las mismas funciones de aquélla. Sin embargo, la razón poética zambraniana más allá de erigirse sobre algo, es una apuesta por la inclusión de las diversas posturas, tomando como piedras angulares las que se creían más contrarias entre todas por las razones que ya hemos explicado, llámense filosofía y poesía. El pensamiento de Zambrano, evidentemente, responde a la época en la cual emerge, es María una hija de su tiempo, como algunos dijeron. De tal forma, que siguiendo con las corrientes que retoman la importancia de la experiencia sensible sin abandonar la conciencia racional María Zambrano propone un modelo más de razón, deberá ser una razón que medie entre la conciencia y la experiencia, que abrace tanto los conceptos como la sensibilidad, una razón que a la forma de la poesía descubra el mundo sagrado e intente darle un orden al modo de la conciencia; mas orden que esté abierto al devenir temporal en el que se encuentra tanto el hombre mismo como el mundo exterior; razón que tenga algo de poesía, algo de vida palpitante creadora, una *razón poética*.

Dentro del pensamiento que se gesta desde finales del siglo XIX y principios del XX encontramos a una razón poética heredera tanto de la renovación impuesta

³⁷ *Ibíd.*, p. 601

por la fenomenología y su regreso al mundo sensible, el retorno del cuerpo y las pasiones del pensamiento nietzscheano, y el vitalismo orteguiano, así como el rescate del hombre de carne y hueso de Unamuno. Bien podríamos decir que la razón poética surgió como exigencia en una de las épocas de crisis del pensamiento, en la necesidad de renovación ante la insuficiencia del racionalismo moderno-ilustrado. La propuesta de razón poética atraviesa toda la obra zambrana, su formulación va desde la separación entre filosofía y poesía, el trato con lo sagrado, el arte, hasta la creación de la persona en la historia social y la dicotomía sueño-vigilia. La connotación que servirá más en la presente investigación será, precisamente, la encausada a la creación de la persona a través de la razón poética como forma de vida, como camino y guía con la cual el sujeto se construye y al hacerlo construye mundo.

La filosofía de Zambrano es una filosofía de la reconciliación, si bien sabe que no puede anular la violencia de la que hablábamos en la filosofía para conocer el mundo, procura convertir esta violencia en la del poeta que separa la realidad sagrada e intenta ordenarla pero que respeta su *otredad* y siempre *posibilidad*. Es entonces la razón poética la conjunción entre racionalización del mundo, conceptualización de la experiencia sensible y el sentimiento mismo que llama a lo irracional, sentimiento del mundo en su diversidad y devenir. *Razón que se complementa con lo irracional y pasional*. El cuerpo, así, ya no es la cárcel del alma, ya no es aquel que, según Descartes, nos engaña acerca del conocimiento del mundo, sino que es aquél que nos abre otra vía para acercarnos a éste, una forma diferente de conocer aquello que se presenta ante nosotros. Receptáculo de las experiencias que sale al encuentro de lo que la vida le ofrece.

Es, entonces, la razón poética un intento de resarcir la inicial escisión del hombre en filósofo y poeta, lugar en donde los que se creían contrarios se encuentran como complementos. De tal forma, que la dificultad no la encontramos en intercambiar la postura epistemológica dominante, sino, más bien, en aceptar la multiplicidad de posturas en su diferencia, trascender la escisión del hombre reafirmada a lo largo de la tradición entre razón y vida. La propuesta zambrana

es una invitación a pensar la diferencia, a reconocernos como seres inacabados e insuficientes, esto es, que nuestra propia capacidad racional no es suficiente ni para crearnos del todo ni para explicarnos del todo. Habrá, pues, que aceptar los límites de la razón y partir de ahí con lo que la sensibilidad nos ofrece. Razón poética que logre la conjunción entre pensamiento y vida.

Identificamos hasta aquí parte de la tradición española que cobijó a Zambrano y de donde podría entenderse que manaran los cimientos fundamentales de su pensamiento por influencia de pensadores como Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Antonio Machado; así como, hemos caminado al exilio para sentir en los huesos el dolor recalcitrante de la orfandad y, a su vez, la necesidad de la renovación a partir de la diferencia y *lo otro* por la crisis involuntaria, pero obligatoria vivida por nuestra filósofa. Los elementos principales que dan vida a la propuesta de razón poética han sido expuestos, *grosso modo*, y se ha puntualizado el germen de crítica a la razón moderna que lleva implícita en sí. Razón moderna expuesta principalmente por Descartes y atributo principal de su propuesta de sujeto. En líneas posteriores indagaremos la propuesta de sujeto de María Zambrano que es resultado de la crítica realizada al sujeto moderno cartesiano a través de la razón poética.

CAPÍTULO III. EL SUJETO RACIOPOÉTICO

*La vida es tránsito.
Hay que lograr que en este ser llamado humano,
dotado de pensamiento,
el transitar sea trascender, es decir, sea creador,
creador de un tiempo nuevo³⁸.
María Zambrano*

³⁸ ZAMBRANO, *Notas de un método*, op. cit., p. 138

3.1 EL SUJETO COMO CREACIÓN

A lo largo de la historia del pensamiento el hombre ha buscado incansablemente el ser, cada época se ha planteado la pregunta de forma diferente, pero destaca la importancia de llegar al conocimiento de lo que son las cosas y, con ellas, lo que es el sujeto mismo que se pregunta. Inicialmente, como bien se sabe, se hablaba de esencias puras, ocultas, que cada objeto poseía en su interior y le dotaba de las características y atributos propios que le hacían ser lo que era, que le distinguían de todo lo demás. Con el hombre no existía una diferencia, pues también él buscaba su ser inmutable, dado, imperecedero, su ser cual Parménides lo describiera en el conocido poema; sin embargo, después de siglos de búsqueda, el sujeto que se preguntaba sobre sí mismo, sobre su ser, notó que su ser no le había sido dado, volcó la mirada sobre sí mismo y descubrió vacío, fijo la mirada al frente y en lugar de encontrar un sendero por dónde caminar, descubrió el mundo abierto a él sin limitantes ni caminos establecidos. Abandonado por los dioses a su suerte, el hombre tuvo que hacerse responsable de sí mismo, comprendió entonces que a diferencia suya el mundo que le rodeaba estaba determinado a ser de cierta manera, esto es, que el astro gira en su órbita y no tiene decisión sobre ello, la roca es roca sin poder cambiarlo, el animal persigue satisfacer sus instintos naturales para subsistir y de esta forma, cada uno de ellos está completo, está determinado a seguir su ciclo de vida y en ello va su plenitud; sin embargo, el hombre, el sujeto pensante no encontró un ciclo de vida que seguir, pues si bien obedece, al igual que el animal y la planta, a un ciclo biológico y debe subsistir a través de satisfacer sus instintos naturales, no es esto todo, no llega a la plenitud a través de ello, hay algo más, debe haber algo más. Las exigencias del espíritu no son cubiertas a través del ciclo biológico, era preciso que la razón buscara más allá de los confines de la vida orgánica el sentido del hombre, el ser perdido, o aquello que le llenase, pues se había descubierto inacabado, sin propósito, libre, pero de esas libertades que primero dan pánico por ser completa incertidumbre.

Es un reiterado pensamiento con caracteres de premisa en la <Razón vital> orteguiana al señalar la situación radical propia del hombre, que, a diferencia de las demás criaturas, ha de hacerse su vida y no va al modo del astro en su órbita.

Distingue Ortega entre acción y actividad, dejando la acción como específica del hombre: la acción, ese tener que decidir en cada momento lo que se va a hacer en el siguiente, un forzado elegir que es la manifestación de la libertad. Y así concluye él: <Somos forzosamente libres>. La libertad, pues, no es eludible porque no lo es el tener que elegir. Mientras que el animal y la planta solo despliegan una actividad dada previamente en un sentido invariable que no les permite elegir.³⁹

Somos forzosamente libres dice Ortega y en esa obligación de serlo el momento inicial es oscuridad, es orfandad y abandono, pues el hombre se ve a sí mismo solo, inacabado y sin sentido, superado el miedo se descubre a sí mismo como posibilidad. La crisis del sin sentido lo orilla a entenderse como un sujeto inacabado, cuyo ser no ha sido dado por ninguna divinidad y cuya existencia no depende de ningún otro más que de sí mismo. Es pues, en ese momento que la crisis se encuentra en su apogeo, el hombre se siente perdido y busca con desesperación asirse bajo el cobijo de cualquier salvador. En palabras de Zambrano, “Lo que la crisis nos enseña, ante todo, es que el hombre es una criatura no hecha de una vez, no terminada, pero tampoco inacabada y con un término fijo. Ni estamos acabados de hacer, ni nos es evidente lo que tenemos que hacer para acabarnos; no está prefijado cómo hemos de terminarnos a nosotros mismos. Somos problemas vivientes⁴⁰; así, el problema principal del hombre se centra sobre sí mismo, lo que habrá que desentrañarse ahora será el fin mismo de cada uno, ya que si no se está acabado ¿cuáles son las partes que faltan para sentirse completo? He ahí la gran trama de la historia, pues nos dirá Zambrano que aquello que ha estado en crisis a lo largo de la historia han sido las formas de ser hombre, esto es, que a través de la historia el hombre ha intentado construirse y afianzarse a partir de diversas conductas, definiciones y relaciones, sin embargo, no ha logrado satisfacer su deseo de completud.

[...] Hasta ahora lo que resulta de todas estas experiencias es que la vida humana no es posible de ninguna manera, al parecer. Y la pregunta, renace siempre, ¿es posible ser hombre?; ¿y cómo? En los tiempos de plenitud parece haberse respondido afirmativamente de una manera determinada. La única manera de responder afirmativamente no es diciendo sí en abstracto, sino ofreciendo una forma de vida, una figura de la realidad dentro de la cual el hombre tiene un determinado quehacer

³⁹ ZAMBRANO, María, *La Guía, forma de pensamiento*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Obras Completas Tomo II, 2016, pp. 239-248.

⁴⁰ ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, op. cit., p. 494.

y toda su existencia un sentido. En los instantes de crisis, la vida aparece al descubierto en el mayor desamparo, hasta llegar a causar rubor.⁴¹

Así, el desamparo resulta fundamental en la creación del sujeto, es preciso que exista un momento de crisis, de sensación de abandono y orfandad para que el hombre sea capaz de volcar la mirada hacia lo más hondo de sus propias entrañas y notar que algo falta ahí, que su camino no está establecido por demás como una secuencia de pasos a seguir para vivir naturalmente. Le palpita una exigencia mayor, no puede contentarse con cubrir la órbita del astro, le es indispensable terminar de nacer, buscar algo que le complete y he ahí la creación de la religión, filosofía, arte, ciencia, etc., y para esto, ha sido necesario crear un entorno que le cobije, que le reciba con sus propias exigencias, es así, pues, que el hombre no sólo debe crearse a sí mismo, sino que, de la mano, crea mundo, un mundo que sea apropiado para cubrir sus propias demandas. Es así como, la vida humana es vida en crisis cuya trama es la existencia propia. El hombre se ve a sí mismo y se descubre incompleto y fragmentado, pues no estar en totalidad es estar en partes, en múltiples fases y capas que conforman la unidad incompleta por paradójico que parezca.

La vida no tiene por sí unidad, a lo menos no se nos hace visible, y ésta es la mayor de las congojas y de las confusiones. Pues quien anda en dispersión sabe que su vida es *una vida*. La vida no puede ser vivida sin una idea. Mas esta idea no puede tampoco ser una idea abstracta. Ha de ser una idea informadora, de la que se derive una inspiración continua en cada acto, en cada instante; la idea ha de ser una inspiración.⁴²

Sin embargo, ha sido necesario al hombre verse a sí mismo como un *Yo*, puesto que no puede pensarse siendo muchos, aunque en realidad sean tantos universos los que convergen en un mismo hombre; tal vez uno de los mayores engaños que se ha hecho el hombre a lo largo de la historia haya sido pensarse como unidad, catalogarse como un único y delimitado *Yo* que implica todas sus fronteras y posibilidades, sin embargo, esto ha respondido también a una necesidad, es necesario pensarse en unidad o ¿acaso es posible pensarse en fragmentos?, ¿puede el hombre pensarse siendo muchos?, tal vez más que esto haya sido que

⁴¹ *Ibíd.*, p. 492.

⁴² *Ibíd.*, p. 482.

se ha visto al fin como uno conformado por muchos, que al final convergen en esa misma *unidad inacabada* y cuyo propósito sería seguir construyéndose a partir de otros y de lo otro; así, el hombre se convertiría en un ser acabado únicamente en la muerte, pues es donde se coartaría su posibilidad de creación. Regresando a la necesidad de unidad, ya lo notaba Harry en *El lobo estepario* de Hesse:

Pero en realidad ningún yo, ni siquiera el más ingenuo, es una unidad, sino un mundo altamente multiforme, un pequeño cielo de estrellas, un caos de formas, de gradaciones y estados, de herencias y de posibilidades. Que cada uno individualmente se afane por tomar este caos por una unidad y hable de su yo como si fuera un fenómeno simple, sólidamente conformado y delimitado claramente; esta ilusión natural a todo hombre (aún al más elevado) parece ser una necesidad, una exigencia de la vida, igual que respirar y comer.⁴³

He ahí la famosa frase de Zambrano que nos dice que *el hombre es el único ser que padece su propia trascendencia*, pues es el único que al no encontrarse acabado tendrá que irse creando a partir de las relaciones con los otros y con el mundo, pero en esa creación, en ese camino de posibilidad, todo esfuerzo será insuficiente, pues no logrará acabarse, no podrá llegar a culminar su gran obra de vida que es sí mismo hasta verse de frente con la muerte. Con esto resalta la filósofa malagueña que lo importante no radica en sí en el fin, en el llegar a completar la obra, sino, más bien, lo interesante se encuentra en el entramado de creación mismo, en el proceso de renacer constante, en la posibilidad convertida en acción perenne.

Es así, como la creación se convierte en exigencia, en necesidad. El hombre padece su propia trascendencia porque habrá de vivir sabiéndose incompleto y aún cada intento de terminarse será frustrado, será pues eterno insatisfecho; sin embargo, la plenitud de la vida radicará justamente en la comprensión de esa insatisfacción, en ver más allá de la culminación del sujeto, en pensarse no como inacabado trágico que deambula por el mundo buscando sus partes, sino, más bien, en posibilidad, en verse como el único ser capaz de vestirse y desvestirse con los ropajes que mejor le ajusten a la personalidad, que mejor prefiera. El hombre, pues, se descubre como su propio creador, como el único responsable de su propio

⁴³HESSE, Hermann, *El lobo estepario* en *Obras Maestras*, México, Editores Mexicanos Unidos, 2017, p. 340.

destino, difícil vivir con ello, pues se sabe el único responsable de sus triunfos y desgracias; no es fortuito, así, que Zambrano nos diga que hay que *hacernos responsables de la realidad que nos toca en suerte*. Es así, el hombre, creador de sí mismo y creador de realidades, de mundo, de esto último hablaremos más adelante.

En cuanto el hombre se descubre como creador y se ve a sí mismo como posibilidad, como barro listo para moldearse de infinitas formas y que, a pesar de tomar algún aspecto concreto, no por esto será nunca su forma final y definitiva, sino que siempre podrá modificarse; en ese momento comienza la vida a conciencia del sujeto pensante, pues es ahí cuando se ve a sí mismo desnudo, vacío, incompleto, en carencia y sólo partiendo de eso comienza la búsqueda de atributos, experiencias y conocimientos que le llenen de alguna forma, que le completen por lo menos en parte. Esta pesquisa que cada hombre realiza le lleva a verse a sí mismo como un sujeto particular, diferenciado de los otros, se siente único. “Cada cabeza es un mundo”, canta el dicho popular que habla sobre la individualidad de cada hombre, sobre la particularidad en el pensamiento del que cada uno es protagonista. Podría escribirse un tratado extenso sobre las particularidades de cada sujeto, de cada pensamiento, del por qué sí y por qué no cada ser es único e irrepetible, o en su defecto, por qué nadie lo es.

A María Zambrano en realidad no le interesa mucho adentrarse en el terreno de la personalidad como única e irrepetible, tal vez esta visión sea un tanto *New Age* para la época zambraniana. En el pensamiento de la filósofa malagueña cobra importancia hablar de la particularidad de cada sujeto sólo en términos de experiencia vital, esto es, que cada sujeto será su propio mundo y cada uno de estos mundos será diferente sólo entendiéndose por esto que cada hombre vive desde sí mismo, cada sujeto se crea a sí mismo a partir del entorno en el cual está inmerso y el conjunto de la experiencia vital con el pensamiento concreto de cada sujeto le lleva a ser un sujeto diferenciado, esto es, que a pesar de que dos hombres coincidan en una misma experiencia particular, la percepción que tenga cada uno de ella puede ser completamente diferente, pues cada uno tendrá un mundo de

sentido y significantes completamente distintos dadas las circunstancias particulares de vida por las que ha atravesado cada uno de ellos desde el momento de su nacimiento.

El hombre se vuelve sujeto al enfrentarse con la realidad objetiva del mundo de la vida, sin embargo, este ser o estar sujeto deberá, necesariamente, sobrepasar los límites del pensamiento, deberá expresarse a partir de la experiencia del afuera, no será, como se pensó durante tantos siglos un sujeto idealizado, con esencia inmutable que existe tan sólo en y por el pensamiento, sino que más bien será un sujeto objetivo, hecho de carne y hueso en palabras de Unamuno. Se remarca así la particularidad del sujeto zambraniano, pues estamos hablando de un propuesta en la cual si el hombre tiene que ser pensado como sujeto, si bien aún no es posible para María deshacerse del concepto completo y de la diferenciación sujeto-objeto, tendrá que ser adaptado a los requerimientos de la época; será, pues, necesario que sea un sujeto sin esencia, un *sujeto posibilidad* como hemos dicho, la filósofa malagueña conservará el cascarón del sujeto, la estructura, por decirlo así, quitando el contenido obligatorio que se le daba en tanto concepto concreto, ideal, que habitaba fuera de este mundo. De tal manera, que su continuo renacer llevará siempre de la mano tanto lo racional -el pensamiento- como lo vital -la experiencia-, será el abrazo entre filosofía y poesía; el hombre que resarce la vieja escisión y comienza a crearse a partir de la vivencia del cuerpo y del entendimiento del mundo.

Yo no soy el resultado o entrecruzamiento de las múltiples causalidades que determinan mi cuerpo o mi “psiquismo”, no puedo pensarme como una parte del mundo, como un simple objeto de la biología, de la psicología y de la sociología, ni cerrar sobre mí el universo de la ciencia. [...] No soy un “ser vivo” o siquiera un “hombre” o incluso “una conciencia”, con todos los caracteres que la zoología, la anatomía social o la psicología inductiva reconocen a estos productos de la naturaleza o de la historia, soy la fuente absoluta, mi existencia no proviene de mis antecedentes, de mi ambiente físico y social, sino que va hacia ellos y los sostiene, pues soy yo quien hago ser para mí (y, por ende, ser en el único sentido que la palabra puede tener para mí) esta tradición que elijo reasumir o este horizonte cuya distancia en relación conmigo mismo se evaporaría, puesto que no le pertenece en propiedad, si no estuviera yo allí para recorrerla con la mirada.⁴⁴

⁴⁴ MERLEAU-PONTY, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, pps. VI – VII.

Es así como el hombre busca ser sí mismo, ser desde sí mismo digamos, puesto que no le ha sido posible ser hombre desde otro ángulo, desde otro ser que no sea aquel incompleto que descubre en sus entrañas. Este ser, que refiere al sujeto que padece su propia trascendencia y está completamente alejado del concepto de ser tradicional, que refiere al ser en acción perenne, al estar siendo y renaciendo continuo, desborda el concepto de hombre, el concepto de sujeto. Una de las características más terroríficas, pero a la vez más inspiradoras del ser inacabado es la posibilidad infinita de completarse de mil formas y rehacerse tantas veces como sea posible, el único límite para el hombre será la muerte. En la cita antes mencionada de Merleau-Ponty se resalta no sólo la posibilidad del hombre, sino también la posibilidad del mundo concreto, Zambrano no dará al sujeto el poder sobre el mundo, pero sí le colocará en una relación creativa con él, esto lo abordaremos en el siguiente apartado.

La creación del hombre de carne y hueso, pues, será una imbricación entre el mundo concreto de la experiencia sensible y el mundo abstracto de las ideas, percepciones y creencias. Cada hombre está condicionado según su entorno y la tradición particular a la cual pertenece a ser o pensar de manera específica, sin embargo, habrá que aclarar que ese estar condicionado no es determinante, pues dentro de dicho condicionamiento existen tantas vertientes para percibir el mundo, a sí mismo y ser de tantas formas como hombres haya inmersos en dicho entorno, a la vez, existe siempre la posibilidad de innovar, de ser otro, de ser diferente y crear nuevas formas de ser hombre en tradiciones o entornos tan definidos; sin embargo, habrá rasgos particulares que de alguna forma prevalecerán a lo largo del tiempo aunque se vayan modificando, a esto llamamos cultura y tradición. Pues si bien, el hombre a lo largo del tiempo ha ido descubriendo nuevas formas de ser hombre, de relacionarse con los otros y con el mundo, ha mantenido ciertas actitudes, percepciones y formas de ser que de alguna manera le han funcionado para la vida, se conserva, así, lo funcional dependiendo de las exigencias de la época, lo disfuncional se modifica o se retira.

Ningún hombre es igual a otro, sin embargo, en todos los hombres existe una suerte de complicidad y similitud estructural y biológica que le lleva a sentirse en hermandad con el género humano. En lo que refiere a la creación del sujeto en términos generales ya hemos explicado, *grosso modo*, como entender esta suerte de padecer la propia trascendencia a partir del irse haciendo, esto es, la forma en que el género humano funciona en la vida a partir del descubrimiento inicial de sí mismo como ser incompleto y la posterior necesidad de terminarse. Sin embargo, habrá que denotar que dicho ejercicio no lleva a los mismos resultados de un sujeto a otro, pues como bien decíamos antes, ya que cada cabeza es un mundo el sujeto incompleto descubierto en uno u otro hombre será completamente diferente, dependiendo siempre del entorno en el cual ha transcurrido su vida y en el mundo que le ha afectado y que aquél, a su vez, ha afectado también; respecto a esto entrarían en juego cuestiones geográficas, culturales, climatológicas, sociales, epistemológicas, antropológicas, anatómicas, etc.. Ya que incluso al hablar de la misma cultura sabemos que de un sujeto a otro la percepción del mundo en el que se desenvuelven es completamente diferente, pues cada uno de ellos experimentan el mundo de forma diferente y generan percepciones e ideas de él que no tienen que coincidir obligatoriamente. Tendría que entenderse, pues, que cada hombre experimenta el mundo de formas diferentes e influye a su vez en su entorno y en los otros de formas diferentes; un mismo hecho puede ser percibido de tantas formas como hombres le experimenten, es pues que la incompletud de cada hombre no es la misma y la manera de afrontarla y crearse intentando terminar la obra de su ser tampoco será nunca idéntica a la de algún otro. Aunque no todo debe ser tan fatalista, pues como dijimos a inicios del párrafo, existen puntos clave que todo el género comparte, complicidad, acuerdos y similitudes que nos permiten convivir empáticamente, crear mundo y afectar a los demás hombres alrededor, interviniendo así tanto voluntaria como involuntariamente en su mismo proceso de creación, de renacer perenne.

3.2 DE LA RELACIÓN ENTRE SUJETO Y MUNDO

Como se ha mencionado en líneas anteriores al volcar el hombre la mirada sobre sí mismo y descubrirse como ser inacabado surge la necesidad de crearse, de terminar de nacer y encontrar un sentido para la propia existencia que trascienda la vida biológica. Para cumplir este propósito es indispensable, a su vez, volcar la mirada hacia fuera de sí mismo; el sujeto deberá encontrarse con el entorno que le abraza y, de alguna manera, le limita en sus anhelos de explorar su propia posibilidad. La realidad que se le presenta como resistencia, veremos pues que se trata un entorno que pone resistencia a la existencia del hombre al no ser un lugar de por sí apto para su vivir, sino que requiere de su transformación o adaptabilidad; así como de la resistencia de la realidad interna del sujeto de conocimiento, que al descubrirse precisamente sujeto y, no sólo esto, sino como sujeto inacabado tendrá que irse transformando a sí mismo.

Hoy, el camino que el hombre ha recorrido es de conocimiento científico de la naturaleza que le ha dado un dominio sobre ella, de una parte. Y de otra, de un proceso metafísico, que podríamos llamar <crecimiento del sujeto>, del hombre como sujeto del conocimiento y como sede máxima de la realidad. Y si el hombre ha llegado a encontrar en sí mismo la máxima realidad, ¿es extraño que encuentre al par la máxima <resistencia>?

Así sucede al parecer actualmente. Si según algunas filosofías el hombre es <el existente> es porque al pretender captar su propia realidad ha encontrado, como en toda realidad, una resistencia más inquietante porque la encuentre dentro de sí mismo.

Pues allí donde se fija la realidad aparece la máxima resistencia. Mas la estructura en la que aparece o es sentida la realidad cambia según las situaciones históricas.⁴⁵

El ser humano se ha visto siempre en la necesidad de adaptar y transformar su entorno para convertirlo en un lugar propicio para desarrollarse, para crearse; pues al encontrarse con el mundo nota que éste no es precisamente adecuado para desarrollarse en él social, cultural y ontológicamente. Es importante realizar la aclaración de que no es propicio en términos sociales o culturales ya que si pensamos el mundo en términos biológicos el hombre tiene en realidad todo lo necesario para subsistir orgánicamente al igual que el animal y la planta, los

⁴⁵ ZAMBRANO, María, *Conocimiento y realidad: la resistencia*, en *La razón en la sombra. Antología crítica*, Madrid, Siruela, 2004. p. 248.

diversos entornos en que se da la vida le proporcionan alimento y recursos para sobrevivir; sin embargo, ya que se ha establecido que la vida orgánica no es suficiente para el género humano y requiere de algo que cubra, a su vez, sus necesidades ontológicas, espirituales o racionales, como se les prefiera llamar, pero que se entiende que dada la conciencia humana es necesario cubrir aquello que excede lo meramente biológico, es pues, evidente que el mundo en términos naturales no se encuentra listo para ofrecer al hombre recursos que sacien sus deseos de saber o que cubran sus anhelos de trascender a partir de la creación de sí mismo, situación en la que se acaba de descubrir al volcar la mirada hacia el ser propio, por decirlo de alguna manera.

Es así como, le sale al encuentro una nueva exigencia: *crear mundo*, adaptar el entorno en el cual se encuentra de tal manera que sea capaz de proveerle de las circunstancias necesarias para seguir el proceso de crearse a sí mismo. Curiosamente mientras adapta el entorno para llevar a cabo la tarea descubierta de construirse como sujeto, estará ya realizando un proceso de creación, pues no habrá de olvidarse que en todo encuentro con el mundo tanto el sujeto afecta a aquél, como el mundo le afecta a éste, pues la relación entre ambos será siempre una relación de afección en la cual ninguno seguirá siendo el mismo después de cada uno de sus encuentros. La percepción que le provoca al sujeto el mundo en el momento de su encuentro aporta o transforma algo en su ser, en su pensamiento o en su concepción de la vida por más básico que sea, de igual forma el encuentro transforma algo en el entorno, pues el acto humano no será nunca pasividad, si acaso *pasividad creadora* diría María Zambrano, pues incluso en el acto mismo de la contemplación pasiva el sujeto transforma, lleva a cabo una acción de transformación sobre aquello que contempla. De igual forma, habría de entenderse esto desde la famosa expresión parafraseada que se ha adjudicado a Heráclito que versa “nos bañamos y no nos bañamos dos veces en el mismo río, porque ni nosotros somos los mismos ni el río lo es”, *a posteriori* del encuentro entre sujeto-mundo, entendiendo mundo como un entorno determinado, tanto el sujeto como dicho entorno sufren cambios, alteraciones o transformaciones, desde las más

diminutas hasta las más radicales, de tal manera que al tener un segundo encuentro ni el sujeto ni el entorno son los mismos que compartieron aquel primer momento.

El entorno, pues, forma parte de la creación del hombre al ser el medio en el cual se encuentra para dicha acción transformadora y, a su vez, el sujeto forma parte de la creación del mundo ya que le es indispensable transformar el entorno en el cual se encuentra para que sea apto para desarrollar en él las múltiples posibilidades de su ser. El entorno, a su vez, refiere a las circunstancias en las cuales se encuentra imbricado el hombre, digamos sociales, biológicas, culturales, etc. pues el mundo adaptado por el hombre forma el lugar en donde se lleva a cabo todo el entramado a partir del cual el sujeto se crea a sí mismo, hablemos de todas las creaciones humanas de las cuales se vale el hombre para configurarse más allá de su vida orgánica, entiéndase pues por estas todo lo referente a las ciencias y las artes, la cultura, las relaciones sociales. De ahí que Ortega diga “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”⁴⁶, pues el hombre no podría verse como un ser autónomo ajeno al entorno en el cual se ha desarrollado, ha crecido y con el cual se ha creado y renacido continuamente; es así como, tanto el sujeto interviene en el entorno que le rodea y comparte con los demás sujetos, como el entorno proporciona las pautas para ser desde ciertos parámetros, respondiendo a ciertas actitudes predominantes de la sociedad o cultura en la cual se está inmerso.

Esta crisis nacida con la condición misma humana la podemos vislumbrar recogiendo lo hasta ahora expuesto aquí como la propia de alguien, un ser, que ha de hacerse su vida, mas según una forma, que ha de atravesar un medio cambiante, cambiando él mismo también, en busca de incorporarse definitivamente a un orden vivo e inmutable, sin contradicción.⁴⁷

De esta manera, el ser hombre se nos presenta como algo imposible, ya decíamos en líneas anteriores que para Zambrano lo inicial al descubrirse el hombre como ser incompleto es la crisis, pues se descubre como falto de algo, como discordante con lo natural que no tiene necesidad de ir a buscar su ser o aquello que le complete

⁴⁶ ORTEGA Y GASSET, José, *Obras completas*, Vol. I., Madrid, Ed. Taurus/Fundación Ortega y Gasset, 2004, p. 757.

⁴⁷ ZAMBRANO, Nota 137, en *op. cit.* Tomo II, pp. 820-821.

fuera de sí mismo, que no necesita crearse un mundo ni crearse a sí, pues ya todo está inicialmente otorgado para su pleno desarrollo durante su ciclo orgánico. El hombre, sin embargo, tendrá que descubrirse como un ser en potencia que requiere renacer continuamente e irse formando a partir de actitudes, percepciones, experiencias y múltiples circunstancias, aunado a esto, como si no fuera suficiente, notará también que es imposible ser hombre porque el ambiente mismo en el cual se encuentra arrojado no es propicio para ello, el mundo natural no es apto para crearse en él más allá de sus limitaciones biológicas, por lo cual, se verá obligado a transformarlo, a crear cultura, civilización (permítaseme utilizar el término en un sentido básico de crear un entorno propicio para las relaciones sociales, culturales e incluso de prevalencia sobre los peligros naturales que acechan al ser humano, entiéndase climatológicos así como la evidente propensión a ser presa de diversas especies de animales).

La gran variedad animal ha sido provista, según la evolución, por diversos mecanismos de defensa que le permiten cumplir un papel fundamental en el gran ciclo de la vida, cada animal estelariza su papel en la pirámide alimenticia, el hombre, en cambio, no posee físicamente grandes aditamentos que le excluyan de ser presa fácil de diversos depredadores, de tal manera que ha tenido que valerse de aquello que considera que es su mejor dote evolutivo: la conciencia y, justamente, a partir de ella crea un entorno propicio que le cubra y le proteja, armamento específico que le salve de situaciones de peligro; de la mano con este mecanismo de conciencia visto como un dote evolutivo para sobrevivir en la cadena alimenticia, se encuentra la necesidad de crearse a sí mismo por el descubrimiento de un ser inacabado que necesita un propósito que excede las condiciones meramente naturales, “El hombre es al mismo tiempo algo fallido y solitario, necesita hacerse una realidad entera donde vivir. Por eso edifica una objetividad. Objetividad que es la estabilidad vigente, el orden que a todos llega y cobija, que todo lo ordena y aquieta”⁴⁸. Así, la creación misma del mundo de la vida se transforma junto con el hombre de ser un inicial hábitat propicio tan sólo para cubrirse del frío y cuidarse del

⁴⁸ ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*, op. cit. p. 501.

peligro que le acecha, a ser un lugar que le provea de aditamentos para crearse, para renacer, para transformarse continuamente, entendamos aquí la cultura propiamente dicha.

La relación entre el sujeto y el mundo será, pues, recíproca en términos de afección como hemos mencionado, no será una relación lineal en la cual el sujeto o ser humano tenga el poder sobre el mundo, esto es, que ni el hombre será dueño y señor del mundo natural, ni el entorno determinará estrictamente al hombre en tanto ser creador, pues habrá que pensar que justo como creador de realidades está facultado para transformar el entorno de tantas formas como su espíritu creativo le permita, sin embargo, todas estas posibilidades de transformación y creación de realidades estarán íntimamente ligadas a las posibilidades mismas del mundo en donde se desarrolla la vida. Tanto el sujeto como el objeto se determinan el uno al otro, no podría haber sujeto sin objeto ni viceversa, de tal manera que la relación entre ambos será siempre una relación de necesidad. Hablamos pues de un sujeto que se crea a sí mismo perennemente y, necesariamente, crea mundo a la par, así como, el mundo creado forma parte fundamental en el proceso de creación del sujeto mismo.

Sería importante considerar, también, que justo ese mundo en donde se desarrolla la vida, en donde se lleva a cabo la experiencia es un lugar privilegiado en el pensamiento de María Zambrano, pues es justo a partir de él que las entrañas de lo sagrado se manifiestan, de tal manera, que justamente el encuentro con él es ya evidencia del encuentro con algo mayor al hombre mismo, pero que necesariamente le conecta con el mundo en su sentido más ontológico, es una especie de conexión entre el ser del hombre como ser en posibilidad y el mundo de la posibilidad como tal. Es así como, el encuentro entre sujeto-mundo trasciende la experiencia sensible y aunado a ella afecta a la racionalidad misma por abstracta que parezca, pues el intercambio de afecciones entre el uno y el otro es en ambos planos, tanto sensitivo, empírico, como cognitivo, racional. Las percepciones, el conocimiento y las creencias del sujeto están presentes en todo momento mientras se desarrolla en el mundo, no es posible pensar al sujeto sin el pensamiento racional

ni sin la experiencia del mundo de la vida, como veremos más adelante es necesario pensarlo en ambos términos para entenderlo como una unidad de ambos mundos, sólo partiendo de ambos parámetros es que nos es posible hablar del hombre, del sujeto, de la existencia y de la vida misma. De tal manera que, la necesidad de transformar el mundo en el cual se encuentra el hombre es directamente proporcional a la necesidad de terminar de crearse a sí mismo y buscar sentido a su propia existencia, es una mancuerna en la cual la transformación de alguna de sus partes implica necesariamente la transformación de la otra.

Será pues el mundo el campo de recursos a partir del cual el sujeto podrá delimitar su propio campo de acción para así explotar sus posibilidades e irse configurando a partir de los recursos externos que le apoyan, así como los recursos internos que ha formado a partir de la experiencia y la percepción del mundo y la vida que ha desarrollado a lo largo de su existencia. Las posibilidades de ser y creación aumentarán o cambiarán en la misma medida que el hombre reconfigure su propio entorno, esto es, en la medida que el sujeto creó mundo podrá valerse de dicho mundo para crearse a sí mismo.

3.3 Del sujeto cartesiano al sujeto *raciopoético*

Es importante mencionar que la propuesta de sujeto cartesiana y la propuesta zambrana en realidad no corresponden a dos polaridades repelentes entre sí sino que, más bien, cada una de ellas responde perfectamente a la época histórica en la cual surge; bien podemos decir que ambos filósofos fueron hijos de su época respectivamente, por lo cual cabrá, más que resaltar una propuesta sobre la otra, desenmarañar en la medida de lo posible los puntos de conexión y divergencia entre el sujeto que propone René Descartes y el sujeto de María Zambrano.

Como bien se desarrolló en el primer capítulo, Descartes remarca la escisión platónica del hombre entre cuerpo y alma, en la cual por un lado se encuentra el alma que asemeja con la conciencia y el sujeto pensante, racional; mientras que,

por otro lado, encontramos al cuerpo como contenedor del alma, como vehículo de conexión entre ese ser pensante y el mundo material de las apariencias. Si bien Descartes no retoma la idea de que el mundo material específicamente responda a apariencias del mundo de las Ideas, sí establece, sin embargo, una distinción epistemológica entre el saber racional y el saber sensorial; mientras que a través del perfecto uso de la razón, que es aquello con lo cual mejor está equipado el hombre, es posible llegar a la certeza de las cosas, por otro lado, a través del cuerpo es posible llegar a cierto conocimiento también, sin embargo, esto responderá siempre a un conocimiento relativo y alejado de la certeza última de las cosas, pues el conocimiento sensorial siempre irá de la mano con el mundo ilusorio, que se ve afectado por el transcurrir del tiempo y sus consecuencias, por lo cual será siempre conocimiento impreciso, cambiante y, por lo tanto, engañoso.

La relación entre el cuerpo y el alma en la filosofía cartesiana es en realidad un poco complicada, sin embargo, queda establecido que existe una diferencia entre el uno y el otro, corresponden ambos a sustancias distintas; mientras el cuerpo corresponde a la *res extensa*, el alma, por su parte, es la *res cogitans*, esto es, pensante o racional.

[...] había yo descrito el alma razonable y mostrado que en manera alguna puede seguirse de la potencia de la materia, como las otras cosas de que he hablado, sino que ha de ser expresamente creada; y no basta que esté alojada en el cuerpo humano, como un piloto en su navío, a no ser acaso para mover sus miembros, sino que es necesario que esté junta y unida al cuerpo más estrechamente, para tener sentimientos y apetitos semejantes a los nuestros y componer así un hombre verdadero.⁴⁹

Resulta complicado, pues, porque nos habla de un hombre verdadero, el cual contiene un alma racional en un cuerpo que precisa tener apetitos, sin embargo, la complejidad radica en que la primacía la otorga, muy acorde a la filosofía tradicional, al pensamiento racional; de tal manera que, el alma al erigirse como la razón o pensamiento que sustenta la propia existencia del sujeto será la pieza fundamental que determinará al hombre mismo. Pues la *res extensa* del hombre es un rasgo que comparte con todo el mundo material, la piedra, el árbol, los animales y las plantas

⁴⁹ DESCARTES, *Discurso del método*, op. cit., p. 116.

serán, a su vez, *res extensa*, sin embargo, ninguno de ellos tendrá alma. Son, pues, todas sustancias al igual que el hombre, mas sustancias diferentes.

Es por esto, que la idea de sujeto en la propuesta cartesiana, necesariamente, tendrá que encontrarse ligada al pensamiento racional, a la perfección que sólo el correcto uso de la razón puede brindar al hombre en lo que al conocimiento respecta. Si bien Descartes no profundizó del todo en la diferenciación entre alma y cuerpo en ningún tratado exclusivo, sí que la estableció en algunos de sus libros dando por hecho que dicha separación existía. Por esta separación en la cual maximiza uno de sus elementos sobre el otro, es que se sigue que el sujeto cartesiano posee los atributos: racional, abstracto y autónomo del cuerpo que le alberga. Recordemos que, en las *Meditaciones Metafísicas*, el filósofo francés asemeja al cuerpo humano con una gran máquina y se aventura a suponer que el alma bien podría vivir sin el cuerpo, sin llegar a desarrollar la idea, pero a la vez, se descubre estrechamente vinculado con el cuerpo que le alberga, mas da siempre prioridad al alma, en sentido racional, que al cuerpo material que tiene contacto con el mundo cambiante.

Uno de los factores primordiales a considerar en el pensamiento cartesiano es la fundamentación de la existencia en Dios, se ve orillado a intentar demostrar la existencia de Dios para sustentar su propia existencia y la del mundo que se encuentra fuera de él. De tal manera que, asemejándose al argumento ontológico de San Anselmo, postula la evidencia de la existencia de Dios a partir de los diferentes grados de perfección del ser; Descartes vuelca la mirada hacia sí mismo y se descubre imperfecto y carente, por tal motivo, deduce que tenga que existir algo o alguien, que sea perfecto y no tenga carencia de nada, tendría que ser, por tanto, creador y el único ser que poseería estas características en el pensamiento cartesiano sería Dios; de tal manera, que todo lo que es posible conocer y lo existente tendrá que ser resultado de la creación de Dios, pues sólo él a partir de su completud y perfección podría crear algo. Es así como, el sujeto cartesiano es producto, evidentemente, de Dios mismo, es un ser dado, creado, en palabras de Descartes en las *Meditaciones Metafísicas* “tiempo ha que tengo en el espíritu cierta

opinión de que hay un Dios que todo lo puede, por quien he sido hecho y creado como soy”⁵⁰.

René Descartes realiza un ejercicio de introspección notable, vuelca la mirada hacia sus adentros buscando lo que considera los cimientos hacia el conocimiento claro y evidente al cual todo sujeto tendría que ser capaz de llegar siguiendo un ejercicio propio parecido al suyo. La intención cartesiana, habrá que recalcar, no es establecer el conocimiento al que él llega como verdad última, sino que, más bien, intenta postular un modelo de pasos a seguir a través del cual cada hombre a través del uso recto de su razón pueda llegar a develar dichas verdades, que vendrían a ser verdad justamente porque ya no es posible dudar de ellas. Por otro lado, no basta ser creado para Descartes, sino que, también, es necesario que el creador le mantenga, le conserve, pues siendo el propio filósofo francés imperfecto no tendrá, tampoco, la capacidad de conservarse a sí mismo; se encontrará, por tanto, siempre ligado a su propio creador, incapaz de modificarse a sí mismo sustancialmente hablando por su propia imperfección, como nuevamente nos reitera en la tercera meditación, “si yo fuese independiente de cualquier otro ser, si yo mismo fuese el autor de mi ser, no dudaría yo de cosa alguna, no sentiría deseos, no carecería de perfección alguna, pues me habría dado a mí mismo todas aquellas de que tengo alguna idea; yo sería Dios”⁵¹.

En lo concerniente al mundo material, al que hemos llamado a lo largo de los capítulos anteriores el mundo de la vida o de la experiencia sensible, se entenderá en el pensamiento cartesiano como el lugar en donde se encuentran la sustancia extensa, esto es, que posee un cuerpo material, ocupa un lugar en el espacio, pero es inanimada, no reside un ser pensante dentro de ella, sino, más bien, una sustancia carente de razón o sentido común, cuyo único fin es ser lo que es sin más.

Pues cuando pienso que la piedra es una sustancia, o una cosa que por sí es capaz de existir, y que yo soy también una sustancia, aunque muy bien concibo que yo soy una cosa que piensa y no extensa, y que la piedra, por el contrario, es una cosa

⁵⁰ DESCARTES, *Meditaciones metafísicas*, op. cit., p. 150.

⁵¹ *Ibíd.*, pp. 177-178.

extensa que no piensa, habiendo así entre ambas concepciones muy notable diferencia, sin embargo, parecen convenir en que representan sustancias.⁵²

No habrá de olvidarse que Descartes intenta fundar la certeza del conocimiento partiendo de una crítica a la escolástica en la cual, si bien todo está dado o creado, la forma de interpretarlo también; es por esto, que partiendo del método que establece se embarca en la búsqueda del conocimiento, de las verdades claras y evidentes a las cuales, por el correcto uso de su razón, es capaz de llegar en aras de ascender hacia el mayor grado de perfección a que sus capacidades finitas le permitan alcanzar.

La crítica cartesiana a la escolástica va de la mano con la época en que se desarrolla el pensamiento de Descartes, recordemos que durante el Siglo XVI se da la reforma protestante; Galileo, a su vez, ha quitado a la Tierra como centro del Universo y, en su lugar, coloca el Sol, la fractura con las creencias por demás aceptadas envuelve los tiempos con inestabilidad e incertidumbre intelectual, de ahí que Descartes busque afianzar tan encarecidamente los cimientos de un conocimiento certero e indudable; se ve orillado, así, por su tiempo a intentar fundamentar nuevamente el gran edificio del conocimiento con bases que le resulten inquebrantables, que sean capaces, pues, de superar cualquier duda y mantenerse en pie. Las costumbres han llevado al sujeto Moderno a un periodo de desengaño, se han resquebrajado algunos de los pilares que respaldaban la cosmovisión del mundo y de la vida que se tenía hasta entonces, el paradigma histórico estaba en tránsito de cambiar. El sujeto cartesiano responde, pues, en buena medida a estas exigencias de la época; hablamos, así, de un sujeto creado, que no es dueño de sí y, por tanto, ni el cambio en el mundo que le rodea, ni el cambio en la percepción le pueden modificar, tan sólo es necesario que reafirme su existencia a partir del pensamiento, sólo baste que se reconozca como un sujeto pensante, que duda, mas al dudar descubre que no puede dudar de que duda, por lo tanto existe. Es así como, el sujeto moderno afianza sus cimientos en la existencia indudable que le

⁵² *Ibid.*, pp. 174-175.

otorga su propia razón, siempre y cuando se vea a sí mismo como un sujeto racional que piensa y, sobre todo, que se piensa a sí mismo.

Destaquemos, pues, que el sujeto cartesiano es imperfecto, creado y no tiene la facultad de modificarse por sí mismo; es un sujeto cerrado por no ser capaz de transformarse, su transcurrir por la vida consistirá en intentar alcanzar el mayor conocimiento posible⁵³, pues sólo de esta manera podrá sortear su imperfección e intentará caminar en busca de la mayor perfección a que le sea posible llegar siendo un ser imperfecto desde su propio origen. El mundo material se encuentra subordinado a él, corresponderá a sustancias evidentemente diferentes a la sustancia propia del sujeto, de mayor imperfección, que están dispuestas para el conocimiento del sujeto y cuyo único fin es ser lo que son sin más. Son sustancias extensas que componen el orden del mundo.

María Zambrano recupera la estructura del sujeto, incluso podríamos decir que resulta de un proceso parecido al cartesiano la necesidad de plantear un sujeto en pleno inicio del siglo XX. Finalmente, el vuelco sobre las propias entrañas es el que trae consigo la necesidad de plantear una filosofía del sujeto en el pensamiento de Zambrano. La época en la cual se desarrolla el pensamiento zambraniano no es ya peculiar por plantear precisamente propuestas sobre algún tipo de sujeto, sino todo lo contrario. Recordemos que justamente en el siglo XX es cuando comienza a borrarse la estructura sujeto-objeto de forma más tajante, pues vendrán los estructuralistas y posestructuralistas a proponer centrar la mirada en las relaciones, por ejemplo, o, bien, en el devenir, dejando de lado ya la idea de un sujeto por asemejarlo con propuestas como la cartesiana que le caracterizaban, como hemos dicho, por ser una esencia dada, inmutable y de mayor grado de perfección que el mundo material.

Cuando llega el turno a Zambrano se ha pasado ya por Nietzsche, el romanticismo alemán y el inicio de la fenomenología con Husserl, por lo cual la propuesta zambraniana resulta interesante y compleja al brotar justamente en un

⁵³ Al referirnos de conocimiento en Descartes se infiere que se trata de conocimiento "verdadero", esto es, tan claro y evidente que no pueda dudarse de él, habrá que llegarse lo más cercano posible a la matematización del mundo, puesto que es lo más certero.

momento de crítica fuerte a la Modernidad. Mas habrá de notarse que justamente el sujeto que propone María Zambrano responde a esta exigencia y viene a ser una crítica incisiva a la Modernidad, específicamente al sujeto moderno, pues desde sus cimientos más claros y distintos le intenta modificar rotundamente.

El sujeto zambraniano lo es de la crisis, como ya hemos mencionado anteriormente, brota, al igual que el cartesiano, ante un momento de profunda crisis en que es necesario volcar la mirada a las entrañas y saber qué o quién se es. Descartes se encuentra en un momento de crisis ante los conocimientos tambaleantes en la revolución científica, Zambrano se encuentra en un momento de crisis ante la orfandad y el desamparo de la guerra y el exilio. Ambos filósofos se vieron obligados a buscar algo de lo cual afianzarse, tal vez una de las principales diferencias entre ambos radique en la manera peculiar en la cual le hicieron frente a la crisis que les embargaba respectivamente; el filósofo francés decidió aferrarse al pensamiento que le hacía existir, según sus postulados, por no ser capaz de dudar más de él; era, pues, el único terreno en que no le podrían despojar o confundir sobre el conocimiento al que por sí mismo fuera capaz de llegar. María Zambrano, por su parte, decidió hacer frente a la crisis aceptándola, descubriendo un sujeto inacabado, cual imperfecto fuera el de Descartes, sin embargo, le hizo responsable, de sí mismo y de la vida que le toca en suerte. El sujeto zambraniano, a diferencia del cartesiano, pues, no es un sujeto creado, es inacabado, posibilidad radiante que busca cómo ser. A diferencia suyo, el cartesiano ya era por demás, pues su ser le había sido dado por Dios.

Así, pues, como el sujeto cartesiano fuera imperfecto, el zambraniano es inacabado, mas la diferencia la encontramos en que Zambrano no busca la perfección, el sujeto perfecto es sujeto impotente y, por tanto, muerto. Mientras que Descartes busca el camino hacia la perfección a través del cúmulo de conocimiento verdadero, Zambrano busca terminar de hacerse, de construirse, sabiendo siempre que no será posible conocer la obra terminada, mas sin buscar construirse progresivamente, pues sabe que mientras se construye se destruye a la par. El

camino del sujeto zambraniano estará marcado por un continuo y perenne ir haciéndose y deshaciéndose, siendo y dejando de ser sin más.

Hay que considerar que una de las peculiaridades a tomar en cuenta con la propuesta zambraniana de sujeto es justamente que la época en la cual se desenvuelve la filósofa malagueña se encuentra ya en vísperas de la desobjetivación que vendrá con los estructuralistas y postestructuralistas, de tal manera que, como planteáramos líneas arriba, el sujeto zambraniano será una crítica al sujeto moderno, pero una crítica desde dentro, esto es, que María Zambrano no busca establecer la crítica destronando al sujeto o desobjetivándolo, sino que, más bien, retoma los cimientos de sujeto y desde dentro transforma la propuesta cartesiana. Zambrano realiza también un ejercicio introspectivo, vuelca la mirada sobre sí misma sólo para descubrir, en lo más hondo de sus propias entrañas, a su ser incompleto, sabe que no hay una esencia que le haga ser lo que es, se sabe incompleta y dejada a su suerte, pues no ha sido portadora de una sustancia otorgada por otro más perfecto y creador. En este ejercicio introspectivo, al igual que Descartes, se descubre imperfecta, sin embargo, no impotente. Retoma el ejercicio cartesiano y lo adapta perfectamente a la época que le toca en suerte, se hace responsable de sí misma e invita a que cada uno lo haga de igual manera proponiendo un sujeto que tenga como fin último terminar de crearse a sí mismo, completarse a lo largo de múltiples e incansables intentos que responderán, justamente, a experiencias vitales. Hija de su época y de la filosofía orteguiana María Zambrano habla desde dentro sólo para proponer un ser sujeto a su propia existencia material, intrínsecamente unido a los accidentes del mundo de la vida.

El sujeto zambraniano será una especie de sujeto poroso, a diferencia del cartesiano, pues él estará expuesto a ser afectado y modificarse a partir de la experiencia misma del cuerpo que le alberga, pues ya para el siglo XX se verá que dicho cuerpo no es un contenedor sin más, sino que, más bien, es él mismo de carne y hueso. En la obra de la filósofa andaluza ya hemos visto que se retoma la importancia del cuerpo y del conocimiento que éste otorga, se intenta desplazar la escisión platónica y la subordinación impuesta por la tradición a la razón sobre el

cuerpo material, de tal manera que ambas partes encuentren el equilibrio adecuado que conforma al hombre completo. Así, al hablar Zambrano de un sujeto entiende por éste al hombre completo en la integridad de su razón y del cuerpo de la experiencia sensible.

Al recaer su mirada sobre sí, al mirarse como tal, el sujeto se encuentra opaco, porque se mira pretendiendo verse a sí mismo, y tal mirada, por su misma naturaleza, produce la opacidad, la soledad incomparable, el castigo de la falta de quietud, de arraigo, y la necesidad subsiguiente de tener que ir a buscarse más allá del sí mismo conceptual.⁵⁴

Bajo este talante, Zambrano se ve orillada a cubrir la necesidad del sujeto desamparado de la época de encontrar su camino hacia la completud anhelada, es por esta razón que la razón poética no es sólo una propuesta sin más, sino que, más bien, vendría a ser una necesidad de la posmodernidad por transformar al sujeto que, dada la historia del pensamiento, se veía en jaque y en vísperas de ser relegado del puesto principal. Si bien, la filósofa andaluza no salva al sujeto como tal, si le revive desde un nuevo horizonte. El sujeto zambraniano es un sujeto renacido, vuelto a la vida que, como el río heracliteano, ni él ha vuelto siendo el mismo ni la vida a la que ha vuelto es la misma, desde luego.

René Descartes, pues, nos habla de un sujeto racional, centrado en el pensamiento y que reafirma su existencia a través de él; María Zambrano, por el contrario, nos habla de un sujeto que vendría a ser *raciopoético*, que ha entendido después de tantos siglos de tradición filosófica que no basta la razón para vivir, para conocer ni para ser, por alarmante que suene la última expresión. Ser raciopoético implica renacer perennemente, saberse posibilidad creadora que tiene la facultad, y casi obligación diríamos, de transformarse a sí mismo en el transcurrir de la vida valiéndose de los recursos racionales que posee, así como, de la experiencia y sensibilidad que le completan. Es sujeto raciopoético aquel que se transforma y transforma realidades a la par. La trascendencia siempre ha estado a la vuelta de la esquina para María Zambrano, mas esta trascendencia implica padecer el renacer perenne, ser y no ser continuamente, la vida palpitante de la posibilidad

⁵⁴ZAMBRANO, *Notas de un método*, en *op. cit.*, pp. 98-99.

creadora, el miedo y la incertidumbre de la libertad. El sujeto raciopoético, pues, es el sujeto abierto al mundo, sujeto incompleto que busca crearse a sí mismo, sujeto que vendría a ser posibilidad creadora. Responsable de sí mismo y de la realidad que le ha tocado en suerte.

CONCLUSIONES

A lo largo de la historia del pensamiento ha persistido la pregunta por *el ser*, ha sido la forma más reiterada en la cual el ser humano ha procurado conocerse a sí mismo y, con ello, poder conocer o comprender también aquello que le es ajeno. Ante esta necesidad de comprensión de sí mismo y *lo otro*, se ha planteado la relación sujeto – objeto, misma que ha tenido diversas interpretaciones y delimitación a lo largo de los siglos y que, incluso, se ha creído superar alguna vez. Ha tenido momentos de luz y oscuridad, como cada propuesta filosófica; será precisamente en uno de aquellos momentos más álgidos y representativos que se vislumbrará el sujeto moderno propuesto por Descartes y, como en otras muchas cuestiones, será difícil superar o dejar de lado los firmes postulados con los cuales le viste cual armamento ante las épocas venideras. No obstante, el paradigma no perdona y da la siguiente vuelta de tuerca, se atisban nuevas propuestas y la crítica a la Modernidad se vuelve cada vez más incisiva, el sujeto no será una excepción. Ante ello salta la pregunta ¿es posible ser sujeto? Y, de ser así, ¿cómo? La presente investigación ha tratado, *grosso modo*, esclarecer desde la visión de María Zambrano la respuesta a dichas preguntas en un bélico Siglo XX, época en definitiva que exigía repensar la vida y, desde luego, al hombre – sujeto con ella.

Es justo reconocer que René Descartes es un parteaguas indiscutible en la filosofía occidental, destacado punto de referencia en diversos temas y padre de la Geometría moderna, por ejemplo. A su vez, la Modernidad es un momento crucial en la historia del pensamiento y del hombre completo, pues marca el momento de transformación o transición, si se prefiere, entre lo que me atreveré a llamar como pensamiento teológico – metafísico y el pensamiento científico en su máxima plenitud. Con ello no debería entenderse que antes de la Modernidad no hubiese pensamiento científico, sino que, más bien, para dicha época alcanzará un punto importante en su madurez y luchará encarecidamente por su emancipación de la castración bajo la cual le tuviera la religión. No es así, fortuito, que la propuesta de sujeto cartesiano o moderno sea el punto de referencia y por ello de crítica

necesaria, de María Zambrano al buscar una nueva forma de ser hombre en el siglo tan particular en el cual tuvo lugar el albor y el ocaso de su vida.

Habrá de entenderse que una regla fundamental en la historia del pensamiento y de la vida es que para que algo nuevo surja será preciso la renovación o el replanteamiento de lo anterior, nada permanece, todo cambia perennemente y, muy darwinianamente, sólo aquello que logra adaptarse tendrá cabida. Las propuestas filosóficas no son una excepción a la regla, sabemos que necesariamente exigen ser repensadas ante cada nueva época y los desafíos que cada una de ellas trae consigo.

El siglo XX podrá ser diferenciado de muchos por diversas situaciones, el inicio de la era tecnológica, por ejemplo, o el holocausto hijo de la identidad terriblemente enfocada; siglo de revoluciones, luchas independentistas, tratados, medicamentos innovadores, sueños rotos y la llegada a la luna. Todos y cada uno de esos acontecimientos exigieron repensar la realidad, lo cual lleva de la mano repensar al hombre que se encuentra inmerso o en relación con ella. Ante un siglo bélico por antonomasia, de cambios radicales y fulminantes, España no fue inmune, vivió en carne propia como epicentro mismo el gran terremoto llamado 2  Guerra Mundial a través de sus bocetos que originaron la Guerra Civil española. La crisis era inevitable e igual de inevitable era hacerle frente, es por lo que Zambrano, siguiendo los pasos de filósofos y poetas, da frente a la crisis con una propuesta de hombre, de ser humano ante el mundo que engulle cuando parece caerse a pedazos, ante los otros que pasmados parecen no ver la salida o tal vez creen no necesitarla.

La razón poética zambraniana es, de acuerdo con lo que hemos visto líneas más arriba, una propuesta hija de su época, necesaria y mediadora, salvadora. Busca cobijar al hombre desamparado que parece haber perdido el centro, que en la orfandad que le ha dejado sin asideros se busca a sí mismo, necesita encontrarse, conocerse o comprenderse para, partiendo de ahí, volver a empezar a construir un mundo en el cual pueda habitar. Saberse posibilidad creadora le inyecta vitalidad, por decirlo así, pues se comprende como proyecto de sí mismo, crearse

será su destino y su tragedia, pero en dicha encomienda no está solo, tiene un medio que le acompaña y se transforma junto con él, así como, tiene a los otros que caminarán junto a él con su propia encomienda personal. Cada acción, cada gesto incluso, cada pensamiento, cada percepción de la vigilia y del sueño también, cada libro, charla, persona, idea, objeto, alimento, etc. Cada interacción del tipo que sea y sin importar lo breve o larga influirá tal vez drástica o significativamente en el sujeto que esté siendo a cada instante, todo le afecta y él, a su vez, afecta todo; hablamos de una situación de interconexión en donde no existen relaciones asignificantes ni grados de importancia, todo puede ser crucial y determinante, por decirlo de algún modo.

De ahí la importancia de la razón poética, camino que guía por la integración de los contrarios, la importancia de la inclusión tanto del pensamiento racional como de la experiencia vital que forma al hombre completo; balanza que equilibra al sujeto con su centro, posibilidad de que cada uno se creé integralmente y, de esta manera, sea capaz también de llegar a cada estrato de la realidad, sea a través del pensamiento y la razón, la interpretación del mundo; o, bien, a través de la sensación, el sentimiento y el sentido más puro e inexplicable de la vida. Bajo dicho talante, María Zambrano al aceptar la necesidad de un sujeto, pues queda claro que el hombre no ha terminado de nacer, es preciso que siga haciéndose por el simple hecho de estar en devenir constante; postula la necesidad de crearse bajo la tutela de la inclusión, de la razón poética.

Es así que, si es necesario descubrir una nueva forma de ser humano, si la crisis que es la vida por ser cambio incesante nos exige cambiar con ella, si al volcar la mirada sobre uno mismo nos descubrimos incompletos y necesitados de terminarnos, de vestir nuestro ser con ropajes que le moldeen, le transformen y, de alguna forma, le terminen de crear; en ese caso, en el que cada uno se descubra como sujeto, siendo sujeto... habrá, necesariamente, de ser *sujeto raciopoético*.

BIBLIOGRAFÍA

BACARLETT Pérez, María Luisa, *Friedrich Nietzsche, La Vida, El Cuerpo y La Enfermedad*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 2006. 211 pp.

BUENO, Guillermo, *La metafísica presocrática*, Oviedo, Pentalfa, 1972. 370 pp.

DESCARTES, René, *Discurso del método y Meditaciones metafísicas*, Madrid, Tecnos, 2013. 239 pp.

HESSE, Hermann, *El lobo estepario* en *Obras Maestras*, México, Editores Mexicanos Unidos, 2017. 607 pp.

JANÉS, Clara, *María Zambrano. Desde la sombra llameante*, Madrid, Siruela, 2010. 130 pp.

LAURENZI, Elena, *María Zambrano. Nacer por sí misma*, Madrid, Cuadernos Inacabados, 1995. 133 pp.

LIZAOLA, Julieta, *Lo sagrado en el pensamiento de María Zambrano*, México, Ediciones Coyoacán, UNAM, 2008. 323 pp.

MACHADO, Antonio, *Proverbios y cantares XXIX* en *Poesías completas I*, Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1975. 424 pp.

MERLEAU-PONTY, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957. 474 pp.

NIETZSCHE, Friedrich, *El nacimiento de la tragedia*, Madrid, Alianza, 2012. 332 pp.

ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*, Barcelona, Austral, 2010. 223 pp.

_____ *Obras completas*, Vol. I., Madrid, Ed. Taurus/Fundación Ortega y Gasset, 2004. 1064 pp.

PAZ, Octavio, *El arco y la lira. El poema. La revelación poética. Poesía e historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 3ª. Edición, 2012, 307 pp.

REVILLA, Carmen, *Claves de la Razón Poética. Un pensamiento en el orden del tiempo*, Madrid, Trotta, 1998. 221 pp.

SANTA Cruz, Ma. Isabel, Álvaro Vallejo Campos y Néstor Ruiz Cordero, *Platón. Diálogos V. Parménides, Teeteto, Sofista, Político*, Madrid, Gredos, 2008. 617 pp

SCHRÖDINGER, Erwin, *La naturaleza y los griegos*, Colección Metatemas Núm. 48, 1997. 88 pp.

ZAMBRANO, María, *Pensamiento y poesía en la vida española*, México, La casa de España en México, 1939. 137 pp.

_____ *Senderos. Los intelectuales en el drama de España. La tumba de Antígona*, Barcelona, Anthropos, 1986. 276 pp.

_____ *La agonía de Europa*, Madrid, Mondadori, 1988. 80 pp.

_____ *Persona y Democracia. La historia sacrificial*, Barcelona, Anthropos, 1992. 169 pp.

_____ *Filosofía y Poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996. 123 pp.

_____ *Obras Completas. Tomo I*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015. 1092 pp.

_____ *Obras Completas. Tomo II*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016. 880 pp.

_____ *Obras Completas. Tomo III*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2ª edición, 2014. 1535 pp.

_____ *Obras Completas. IV, Tomo I*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018. 915 pp.

_____ *El hombre y lo divino*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª. Edición, 2016. 412 pp.

_____ *Notas de un método*, Madrid, Tecnos, 2011. 180 pp.

_____ *La España de Galdós*, Sant Viçenç dels Horts, Biblioteca de Autores Andaluces, 2004. 191 pp.

_____ *Unamuno*, Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial, 2015. 203 pp.

_____ *El exilio como patria*, Barcelona, Anthropos, 2014, 97 pp.

_____ *La razón en la sombra. Antología crítica*, Madrid, Siruela, 2004. 733 pp.

VALENDER, James, Anthony Stanton, et. al., *Homenaje a María Zambrano*, México, El Colegio de México, 1998. 313 pp.